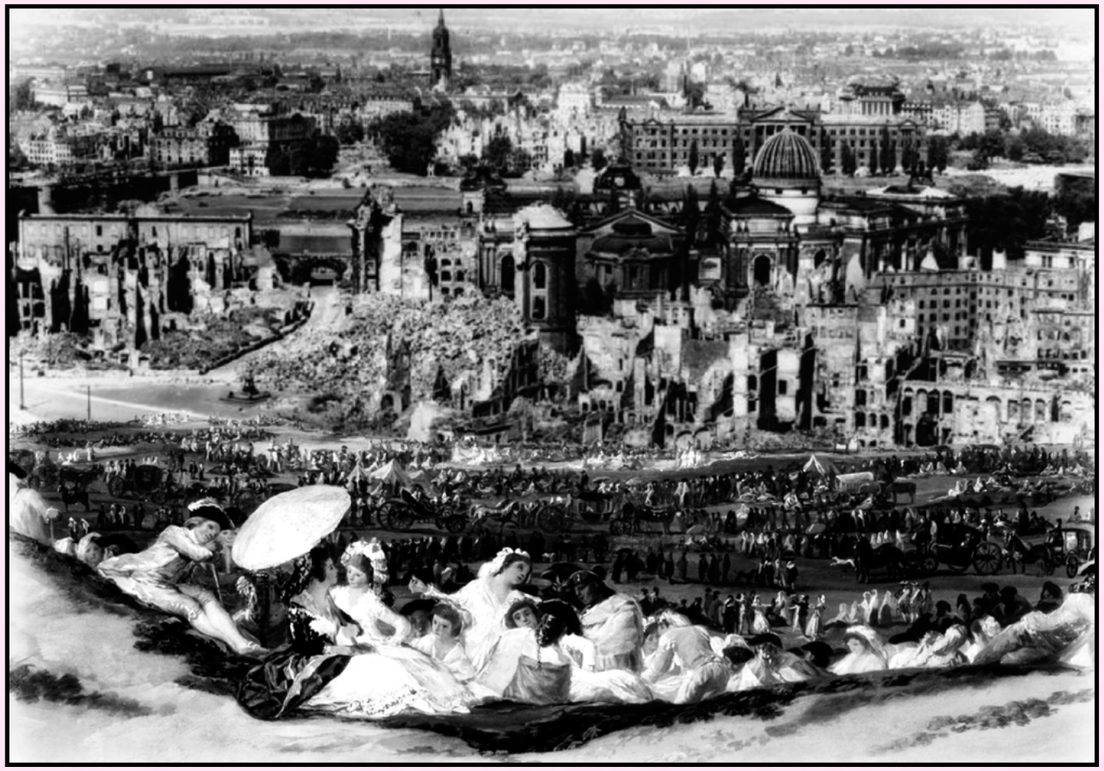
PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

Nº 12, OTOÑO 2018



PLACER ES

Placer es la revista de la asociación La Mordida Literaria. Placer es esto. Placer es un sujeto sin adjetivos y un objeto sin objetivos. Placer es faltoso por pura empatía. Placer es asexual, ageneral y carece de todo tipo de identidad. Placer es peor de lo que imaginas pero mejor de lo que mereces. Placer es cama tras dormir con sirenas. Placer es angustia angosta de langosta. Placer es la mangosta harta de setas en una noche de pánico en el bungaló. Placer es un insecticida, pero al revés. Placer es quien ha mandado todas esas polillas contra tus luces. Placer es un mosquito aplastado que rorschachea la pared recién pintada. Placer es el consumo de gelocatil con alcohol para proteger al hígado etílico de la sobreactivación enzimática. Placer es el hombre-murciélago colgado boca abajo con un dolor de cabeza atroz. Placer es lacónica y grelista. Placer es contragutural y subunderground. Placer es la turista alemana que se hincha hasta la hartura de salchichas y panceta y huevos revueltos en el bufé de un hotel de Benidorm. Placer es danza contemporánea en lavabos de iluminación automática. Placer es un tiempo muerto para Sísifo, una mirada atrás para la esposa de Lot, la penúltima mentira de Pinocho, la última cerveza de Janis Joplin. Placer es un musical en blanco y negro de adolescentes en la High School en tiempos de cine mudo. Placer es una serie de Netflix que nadie ve pero que todos alaban sin mesura durante los aperitivos en el Ateneu. Placer es el asco que sientes ante tus semejantes. Placer es un reloj sin manecillas, una brújula sin norte, una biblia sin Jesús. Placer cita rancheras en Placer es. Placer es el organizador del día del orgullo cacofónico. Placer es patapumparriba por la mañana y telaraña de complicidades por la tarde, que se convierten de noche en Placer es una mosca arrastrada hacia una grieta a los pies de la cama donde su exoesqueleto yacerá olvidado, descomponiéndose al margen del curso del mundo. Placer es hojear revistas literarias que se «venden» en librerías de barrio y alegrarse de no ser como ellas. Placer es la cura al síndrome de Stendhal. Placer es el delfín del fin.

PRÓLOGO

«Viajamos y viajamos para acabar siempre volviendo al otoño. Somos hijos e hijas de nuestras más queridas nece(si)dades». Con estas palabras finalizamos el prólogo del pasado número, dedicado al bueno de Fiódor Dostoievski. Y, con ellas, celebramos ahora el hito histórico de completar, no sin sorpresa, el tercer año de Placer. En nuestro particular sistema numerológico (no queremos abrumarlos/aburrirlos más; lean los números anteriores para obtener más información al respecto del sistema duodecimal) este es el año III d.P. Cuatro números por año. En tres años. Luego, doce números. Nunca fallan las matemáticas, pero tampoco aman. Hemos sufrido, por cierto, numerosos ataques de ansiedad metafísica y miedo al abismo durante este último trimestre, ya que (ya lo saben, también lo anunciamos con anterioridad) a partir de este momento serán necesarios dos años, es decir cuatro solsticios, para continuar la marcha. El año IV d.P. sobrevendrá, por tanto, después de dos años, y el año V, en cuatro (sí, el cómputo va camino del más psicótico de los calendarios, pero no hay otra forma (no la hay, no insistan ni intenten convencernos, estamos muy locos y somos peligrosos)) de mantener cierta cordura y racionalidad en la revista. Pero no es este el asunto que nos concierne ahora; que no lo despiste el hecho de dedicar el primer cuarto de este prólogo a ello, porque el segundo es más de lo mismo. Lo que intentamos decir es que estamos de celebración. Doce autores placerificados no son poca cosa. «Doce viajes por la vida y obra de algunos grandes tótems de la literatura universal», escribimos desacomplejadamente. Viajes que —si nos piden que usemos únicamente un adjetivo— podríamos calificar de atrevidos (este es el eufemismo más elaborado que hemos empleado jamás, y explica perfectamente nuestra incauta inocencia y ausencia de escrúpulos y rigurosidad). Pero no teman; como ya dijimos antes, todos los escritores placerificados yacen ya en el Otro Mundo, por lo que únicamente Nosotros nos haremos cargo de las represalias. No debería haber, por tanto, demasiadas consecuencias (más allá de la perversión de sus mentes). Por otra parte, nuestros lectores más domesticados/adoctrinados echarán en falta alguna reflexión filosófica acerca de si el sujeto que viaja quizá sea en verdad el viajado y toda esa mierda; pero no, tío Pavlov ha muerto y la dolorosa sugestión a la que usted ha sido sometido durante estos tres años se revela, finalmente, inútil.

En definitiva, hace ya tres años, los miembros de La Mordida Literaria decidimos hacer una revista literaria. Monográficos de los escritores que más nos llamaban la atención, sin más ataduras que nuestra propia voluntad y aleatoria arbitrariedad. Dosieres eclécticos y no exhaustivos, se decidió. El zorro ya intuía ciertos problemas logísticos con las uvas. Pero el éxito ha sido rotundo. Nosotros, al menos, lo hemos disfrutado un poco más que su justa medida. Estamos seguros, además, de que al menos tres personas (uno de los miembros del Consejo Editorial y los dos miembros (miembras) de la comisión ortográfica) han leído todos los artículos, y eso no es baladí. Además del Consejo y de la cúpula de la asociación —esto es: el Presidente Canut, el secretario en funciones Vizán y el tesorero Barbaria—, han participado en la elaboración de la revista la mayoría de miembros de La Mordida (algunos, como Ramon, incluso han sido protagonistas de algún cuento casero). También han colaborado viejos amigos del concurso El Laurel (siendo Tríspulo, siempre Tríspulo, el más fiel), e incluso (disculpen las ausencias, esta es una lista no exhaustiva (marca de la casa)) un dentista, un montador cinematográfico, un matemático, un arqueólogo, un músico y al menos una periodista. Estamos bastante orgullosos (apliquen el principio de relatividad, otra vez (que unos casi chimpancés escriban es de hecho un éxito incontestable, ¿verdad?)) del diseño de Placer (aquí uno de los coeditores, responsable del grafismo, enrojece un poco bajo la barba, e incluso ha tratado de tachar estas líneas), pero sobre todo nos alegra haber descubierto el don de Aitor Vélez y Dani Ites para las ilustraciones preciosistas. Por cierto, un agradecimiento especial a los Hermanísimos, indiscutibles en todos los números. Y ya está, hasta aquí la autocomplacencia. La fiesta ha sido breve. El Consejo Editorial es así. Las alabanzas pronto se tornan en amenazas trastornadas. Como Zweig —sí, este es nuestro protagonista, esta vez; lean, lean a continuación (si es posible, todos los artículos, ¡panda de vagos!)— observamos ceñudamente el mundo en el que vivimos y no alcanzamos a determinar si este merece Placer. Dependerá de la voluntad y afán real de todos los que escribimos para que esta revista alcance (en tres años, año V d.P.) la mayoría de edad. Entonces, el Consejo Editorial dirá.

DIE BIOGRAFIE

Como podrán leer en el artículo del secretario en funciones de la Asociación, Stefan Zweig fue un señor conservador que escribía muy bien y que contó con el reconocimiento de sus coetáneos. Gracias a este ejercicio de síntesis casi podríamos omitir la biografía que presentamos a continuación. Sin embargo, a causa sobre todo de cuestiones formales (esta es una de les «secciones» fijas de la revista, casi tan importante como las anécdotas de nuestro tesorero) vamos a proceder a relatar su vida y obra. Cabe apuntar, en cualquier caso, que llevaremos a cabo una revisión no-exhaustiva (marca de la casa), y que se señalarán de forma arbitraria algunos pasajes mientras que se omitirán otros mucho más relevantes. El motivo fundamental, además de nuestra eclectitud (o eclecticidad para los lectores más intensos y resistentes (este es un chiste basado en la ley de Ohm)) es que en bastantes de los artículos del número ya se hace referencia directa o indirecta a *El mundo de ayer*, su autobiografía.

Un mundo seguro es el título de la primera parte de *El mundo de ayer*, en el cual Stefan Zweig describe su infancia y adolescencia. Stefan nace en Viena el 28 de noviembre de 1881, en el seno de una familia judía muy acaudalada. Es importante señalar esta cuestión, ya que este desahogo, o despreocupación económica, es vital para comprender como, desde siempre, y especialmente cuando es adulto, su foco, su centro de atención será siempre el crecimiento intelectual y espiritual, el arte, y no las preocupaciones mundanas (como el dinero o la política, por ejemplo). Esto lleva, en cualquier caso, a que el pequeño Stefan no sienta interés por las actividades de la escuela. Como él mismo relata, los bancos de madera en los que se sienta durante horas son casi una forma de tortura. Lo que le fascina es la literatura y, en el principio, la poesía. Junto a sus compañeros empieza a leer, a descubrir a los poetas del momento, y también a escribir. Y, aunque reconoce que no llega a niveles demasiado sublimes, su capacidad es tan elevada que consigue publicar sus poemas en el periódico más prestigioso de Viena, el *Neue Freie Presse*. Este hecho, además, conlleva el reconocimiento familiar, que considera un gran éxito acceder a las altas esferas culturales. De hecho, la descripción de Zweig acerca de la pasión de la sociedad vienesa por el arte es muy significativa, tanto para comprender el selecto círculo en el que creció como, ciertamente, la naturaleza de una colectividad mucho más tolerante y liberal de lo que los principios tradicionales de finales del siglo XIX indicarían. Stefan puede dedicarse a escribir, por tanto, aunque para satisfacer a su padre se matricula en la universidad y consigue, sin casi asistir a ella, el grado de Doctor en Lengua y Literatura romántica en 1904. Una vez finalizada su formación formal, Stefan Zweig viaja. Una de las sensaciones que causa la lectura de *El mundo de ayer* es el mareo. De Viena a París, Berlín, Bruselas, la India, etc. Stefan Zweig se mueve constantemente a lo largo y ancho del mundo, especialmente en Europa, y conoce y traba amistad con multitud de artistas. Esta es su forma de vida, codearse con las grandes figuras creativas del momento: Rilke, Rolland, Rodin, Mann, Hesse, Joyce... ¡La lista es alucinante, e inacabable! Por otra parte, además de escribir y traducir las obras de muchos de estos autores, comienza en esta época de seguridad, ese mundo seguro que hereda de la generación anterior, una de sus más hondas pasiones, y que consiste en el arte de coleccionar piezas primigenias. Es decir, Zweig quiere capturar el momento único de la creación, lo que busca son los borradores, los primeros esbozos de las obras de los genios: Goethe, Mozart, Da Vinci... Llegará a acumular una colección más que notable.

Y, de pronto, estalla la Primera Guerra Mundial. El patriota Zweig se incorpora al servicio militar, pero es declarado no apto y sirve en los archivos austríacos del Ministerio de Guerra. La verdad es que en *El Mundo de ayer* afirma que desde el principio se posiciona en contra de la guerra y que son otros los que escriben panfletos probélicos; pero lo cierto es que también él, llevado por el patriotismo, escribe algunos alegatos a favor de la causa del Imperio, y solo cuando visita el frente, termina convirtiéndose en un pacifista convencido. Es entonces cuando, se da cuenta del horror de la guerra, y establece algunos contactos con escritores franceses y belgas, como Rolland, para crear una especie de Liga de la paz, por una Europa que él idealiza culta y hermanada. Escribe, también, una pieza de teatro, el *Jeremías*, antibelicista, que para su sorpresa tiene un gran éxito. Cabe comentar aquí una curiosidad, y es que el estreno de la obra no fue nada sencillo y significó la muerte de unos cuantos actores dispuestos a representar un papel (en verdad estas muertes fueron accidentales, circunstanciales; aunque casi podrían verse como el resultado de una especie de maldición). Finalmente, deserta (este es un punto que, de nuevo, no queda claro en su autobiografía) y se establece en Suiza, donde permanece hasta el final de la contienda. En 1920 se casa con Friderike Maria von Winternitz y se traslada a una gran casa en Salzburgo. Aquí me atrevo a comentar que tendría que leer un poco más para tener una opinión formada (como en muchos otros ámbitos, está claro), pero otra de las sensaciones que genera *El mundo de ayer* es que, aparentemente, no estaba muy interesado en las mujeres. De hecho, en su autobiografía prácticamente no las nombra, lo que ¿quizás denota que sí estaba muy interesado? De hecho, y nos adelantamos un poco en el tiempo, parece ser que uno de los motivos de su divorcio en 1938 es que su mujer lo descubrió cometiendo adulterio con su secretaria y futura esposa, Lotte Altmann. En fin, al finalizar la guerra vuelve a una Austria destruida y desmoralizada, y en múltiples ocasiones aboga por la necesidad de crear una nueva Europa en paz. Pero, básicamente, lo que hace es escribir, desde la nueva capital del arte en Europa que es Salzburgo, en ese momento. Allí, Zweig recibe a los intelectuales más importantes de la época y comienza una época de gran prodigalidad. El traslado a Salzburgo es un paso importante en su obra. Él mismo considera su producción anterior menor, una suerte de proceso de aprendizaje. Las novelas y biografías (*Amok*, *Miedo*, *Tres maestros*, ...) de esta época son muy bien recibidas por el público y la crítica, y lo aúpan a la fama. La fama implica también una posición económica privilegiada, que Stefan aprovecha para aumentar su colección; de hecho, él mismo admite que cada vez es un coleccionador más experimentado, llegándose a considerar uno de los mayores expertos en el ámbito que él cultiva.

Ya antes de la llegada de Hitler al poder, a pesar de reconocer que la política no era uno de sus mayores intereses, Stefan Zweig había expresado su preocupación por el aumento del fascismo en Europa. Desafortunadamente, nadie es capaz de prever la hecatombe que sucede a partir de 1933. En 1934 ve cómo la policía registra su casa, por lo que decide exiliarse. Se marcha a Londres. Allí, lo que desea es poder llevar una vida tranquila, hecho que le lleva, en un principio, a recibir algunas críticas de la comunidad judía, ya que no se posiciona abiertamente en contra de los nazis. En 1936 sus libros son prohibidos por el régimen y contempla con horror muchos otros ejemplos del peligro que acecha: la Segunda Guerra Mundial. Es en esta época cuando escribe obras que tienen como protagonistas a sus personajes más oscuros (por ejemplo, se pueden destacar la *Novela de ajedrez* o la biografía de *María Antonieta*). Por otra parte, aún puede viajar con cierta normalidad, y visita distintos países del continente americano con motivo de una serie de conferencias. O, en 1938, va de vacaciones a la costa azul, donde sucede el episodio adúltero que conlleva su divorcio. Después de divorciarse, por otra parte, vende la mayor parte de su colección personal, hecho que le produce una gran tristeza. De hecho, Stefan Zweig no es feliz en Londres y, en 1940, ya iniciada la Guerra, comienza su último éxodo, primero a Nueva York, donde no soporta el estar rodeado de refugiados europeos, y después a Brasil, donde quiere empezar una nueva vida en Petrópolis, una ciudad cercana a Río. Como ya deben saber, esta nueva vida se ve truncada cuando, desesperado por el futuro de Europa y su cultura (según algunas fuentes, también debido a su temor a envejecer), decide suicidarse junto a su esposa, convencido del triunfo de Hitler en la guerra. Sobre la mesilla de noche, al lado de la cama donde murieron, había dos vasos con veneno y cuatro cartas, para dejar sus cosas en orden. Una de las frases, que pueden encontrar en cualquier biografía (y también en esta) es la siguiente: «Creo que es mejor finalizar en un buen momento y de pie una vida en la cual la labor intelectual significó el gozo más puro y la libertad personal el bien más preciado sobre la Tierra». Nada más que añadir. Bueno sí, quizás reconocer que el tono o la opinión ha sido, en algún momento tendenciosa. No nos cae mal el bueno de Zweig, pero, como podrán leer en algún artículo (por ejemplo, *El mundo de ayer vs Suite francesa*), sí nos provoca ciertos sentimientos encontrados: de la más absoluta admiración a cierta rabia, por una elevación intelectual que no parece acompañada de otras inteligencias emocionales (por favor, disculpen este final un tanto abrupto, pero se acababa el espacio; igualmente, queremos subrayar que en ningún caso esta última frase «empática» es un guiño a ese autor brasileño de cuyo nombre no queremos acordarnos).

PLACER

EL [redacted] CIRCO DE LAS OPINIONES

La sorprendente inmensidad de los archivos de esta revista me impide citar textualmente lo que en su día fue, a modo de soflama, el encabezamiento de esta sección, pero más o menos venía a decir que intentar conocer a un escritor a través de sus opiniones es una majadería sólo superada por la de intentar conocerlo a través de las opiniones de los demás. Más o menos. Y en el caso que me arroja a ustedes, el caso Zweig, la majadería se torna amenaza y las cosas dejan de ser divertidas en el mismo momento que uno pone el foco en ellas. En *El mundo de ayer*, una de tantas obra cumbre de nuestro querido amigo Stefan, este hace un recopilatorio de sus opiniones y nos lo ofrece en formato autobiografía. Ahí tienen el circo, ahorren durante semanas y vayan al circo, majadereen el rato que su cuerpo les pida. Luego, cuando la diversión haya sido sustituida por una sensación de amenaza (en ese momento, usted sabrá perfectamente el porqué de ello) volverá a casa temerosa y cargando una sana sensación de culpa. Las opiniones de Zweig son majestuosas como su literatura, las descripciones de los rasgos físicos y psíquicos de sus admirados amigos, grandes artistas la mayoría, son en sí la definitiva exaltación del poder de la palabra cuando esta ha sido sometida a la voluntad del genio. Sus apreciaciones históricas son más que interesantes, y el relato de su propia experiencia en tiempos tan convulsos, arropado por su inmensa y refinada cultura, es como la luz de un faro que brilla en los ojos de nosotros, jóvenes timoneles temerosos, engullidos por la tormenta del presente.
El circo que sobre la autoridad del autor se edifica página a página, es un espectáculo redondo, angustioso por clarificador, un lugar donde cada uno de los participantes del *show* brilla con luz propia sin dejar de ser, en una pirueta pocas veces vista, componentes sustituibles de/por/para la gloria del dueño del cotarro.

El genio visionario que nos atañe, adalid de una cultura europea que ya quisieran todos los hombres y mujeres no europees para sí, nos ofrece sus opiniones con un estilo alegre y emocionante. Y no se le caen los anillos si tiene que repetir una idea varias veces hasta asegurarse que su lector la haya entendido, cosa que es de agradecer. Las tierras son el humanismo, el arado la cultura acumulada, y en el surco de sus palabras brota alegre un nuevo mundo tan bueno como el que ya pasó. El mensaje de paz y justicia que nos regala Zweig tiene un destino injusto, cierto, pero que no empaña su inmaculada cuna.

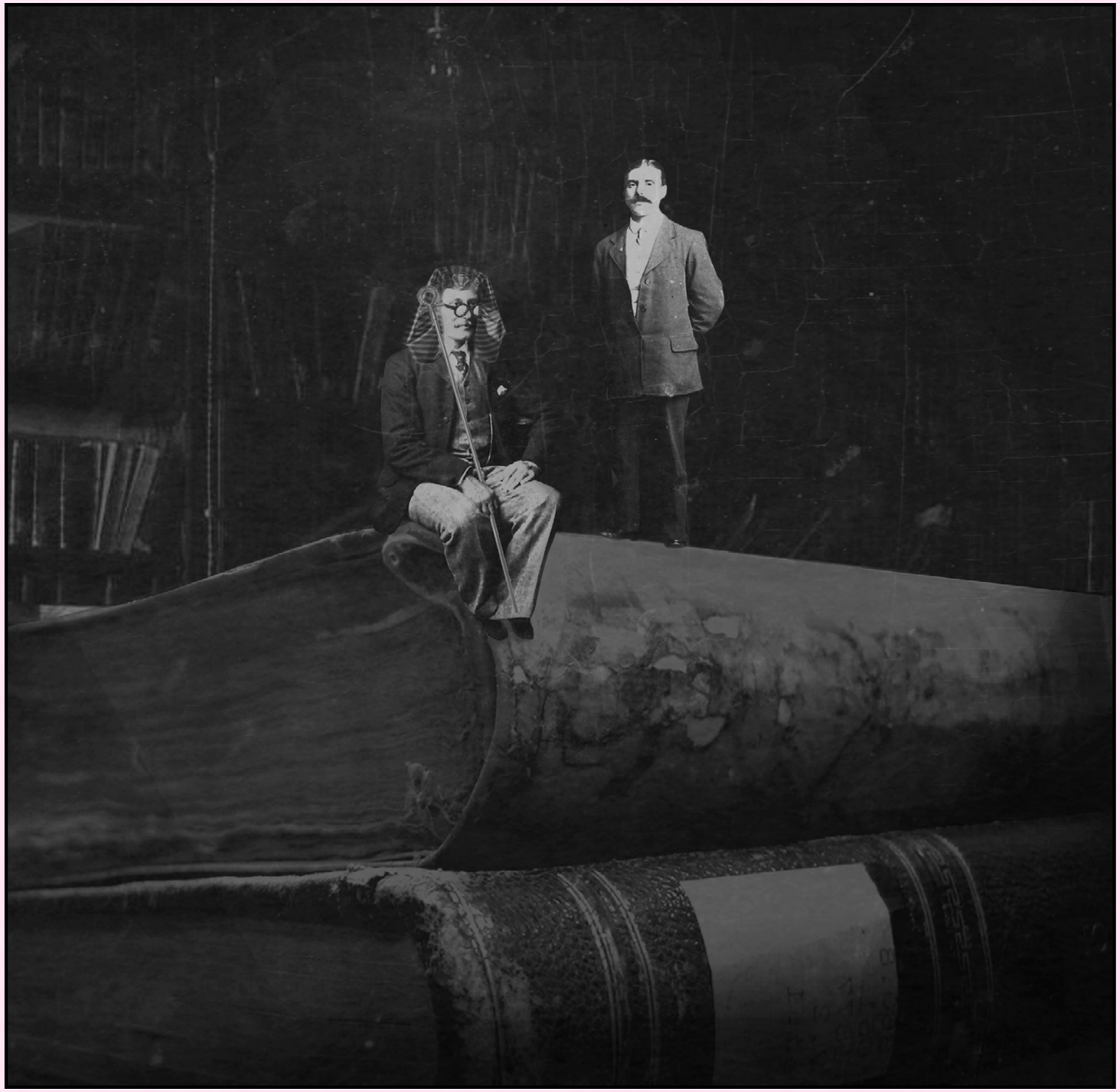
No puedo dejar de pensar que sus excelsas pinceladas en la roca virgen del lenguaje hasta hacerlo brillar como un segundo sol, no son solo regalos del artista que nos permiten ver el mundo a través de su intensa mirada, sino auténticos reflejos incontrolados del insondable carácter del genio. Zweig aúna lo que la lógica separa, pues es capaz de opinar de las cosas mientras opina de sí mismo, y así mismo, mientras opina de sí mismo, moldea el mundo en el que existimos. Es como un mago devolviéndonos la ilusión por vivir.
Hemos estado demasiado tiempo entre nuestros quehaceres diarios e, intentando llevar una existencia razonablemente estéril por miedo a las consecuencias que acarrea la grandeza, las pocas veces que nos hemos atrevido a pasear por el palacio lo hemos hecho con la actitud del que no merece lo que se le ofrece. Ese y no otro, es el motivo por el cual estamos obligados a dar y tomar esta desconfianza que nos asfixia. Los rasgos mesiánicos que aparecen en la personalidad de Zweig no pueden ser manipulaciones malintencionadas del autor, basta de desconfianzas. Poco a poco, también nosotros nos hemos convencido de lo que ahora ya se nos muestra como evidente. Stefan Zweig vino a redimirnos, y nosotros volvimos a desaprovechar otra de las escasísimas oportunidades de salvación personal y colectiva.
¡Europa! ¿Qué has vuelto a hacer? ¡Perra de Satán!

Hace días que sueño
con ríos de oro
sobre los ojos de Rilke,

sueño manos que se mueven
como [redacted] palomas devolviendo
la esperanza al mundo.
Hace días
que sueño
sueños de otros.

PLACER

EL PRIMER DÍA



Observen detenidamente la fotografía. Ahí estoy, en segundo plano, de pie, con las manos en la espalda, esforzándome para ser inmortalizado lo más dignamente posible. Una voluntad vana, ciertamente, ya que el traje medio desabrochado menoscaba sin remedio la pulcritud de mi mostacho perfectamente recortado y la precisión milimétrica de la línea que divide de forma impecable el cabello engominado. Igualmente, incluso si no hubiera olvidado este detalle, el porte se hubiera revelado impostado. La fotografía no está muy bien conservada, y no es fácil observar los detalles, pero fíjense en el contraste con el hombre —el doctor Davies— que ocupa el primer plano, sentado sobre el lomo de un libro. Sí, tampoco su figura es del todo natural: la espalda está demasiado erguida, las manos se disponen de manera harto artificial y la mirada perdida en el horizonte se adivina muy forzada. Pero, sin necesidad de un examen tan minucioso, es posible advertir la indudable seguridad en sí mismo del doctor Davies, mientras que yo escondo sin demasiado éxito mi incomodidad, fundada principalmente en el respeto reverencial que profeso a ese hombre de frente despejada y gafas redondas. Por cierto, es importante señalar que, obviamente, la fotografía está trucada: el doctor Davies, que era un gran admirador de Borges, elaboró este montaje para ilustrar un relato que había escrito, en el que homenajeaba a *La biblioteca de Babel* [1]. El doctor Davies fue mi mentor, el hombre que me lo enseñó todo. Era un sabio del Renacimiento. Historiador de renombre, como ahora comentaré, este hombre escribía también poemas de belleza inconmensurable, componía de forma exquisita música barroca y dibujaba con su carboncillo paisajes de abrumadora exactitud. Escritores, músicos, pintores de todo el mundo se carteaban con él y compartían sus pulsiones más íntimas; una vez, el profesor me reveló que su mayor proyecto consistía en descubrir —como había escrito un amigo suyo, un escritor y biógrafo austríaco cuyo nombre no recuerdo— qué es lo que impulsa el genio creativo. El doctor Davies era único, un hombre portentoso que añoro con todo mi ser. Pero no deseo aburrirlos con mi cháchara. El caso es que he hallado la fotografía mientras ordenaba mi despacho y he recordado, como si fuera ayer, mi primer día en el departamento. Y he razonado que, ya que no me considero capaz de revisar de forma exhaustiva su vida inmortal —inalcanzable para un simple principiante como yo—, al menos podía escribir, en estos momentos de sentida pérdida, acerca de dicha jornada, un ejemplo más de la naturaleza tan particular de este hombre extraordinario.

Mi nombre es Robert Haines y, como ya he dicho, la fotografía que encabeza este texto fue tomada hace ya unos años, al finalizar mi primer día como flamante nuevo profesor agregado del departamento. Una vez superadas las pruebas más exigentes, había conseguido una de las plazas más preciadas del país en la Facultad de Historia más reputada del mundo. El hecho diferencial, el motivo fundamental en el cual radicaba este prestigio era, sin lugar a dudas, su decano, el doctor Davies. Desde que disfruté de una breve estancia posdoctoral en su unidad, mi objetivo fue alcanzar la plaza de agregado y aprenderlo todo del catedrático más afamado del momento. Ciertamente, este hombre era el arquetipo del profesor universitario y cumplía todos los requisitos para merecer dicha consideración. Siempre pulcro y elegante, el doctor Davies se obligaba durante todo el año a vestir americana, chaleco y corbata para dictar sus lecciones. Sus alumnos adoraban su voz profunda y poderosa, que estimulaba sus sentidos y los trasladaba a otras épocas; su entusiasmo contagioso; la intensidad con la que vivía cada sesión; la voluntad de compartir sin reservas todo su conocimiento. A su vez, todos los estudiantes lo temían. Muy pocos de ellos lograban soportar la presión intelectual o su mirada aguda y penetrante cuando elevaba cuestiones al auditorio. El miedo a defraudar al gran hombre era enorme. De esta forma,

→

durante la hora exacta —ni un segundo más, ni un segundo menos— que duraban sus sesiones, las emociones del público oscilaban sin control —de forma bipolar—, del placer más absoluto al miedo más atroz. El doctor Davies nunca era desconsiderado con sus alumnos, pero estos no podían soportar el suplicio silencioso del profesor cuando los examinaba fijamente durante unos segundos eternos si descubría que no habían estudiado lo suficiente, o, sobre todo, si no eran capaces de defender y debatir de forma inteligente sus opiniones. Por otra parte, la actividad investigadora del sabio era también fabulosa. Una única sentencia es necesaria para sostener esta afirmación: el doctor Davies era considerado la máxima autoridad mundial en el campo de la egiptología. En este ámbito había recibido las máximas distinciones internacionales, y sus conferencias plenarias generaban una gran expectación en cada congreso al que era invitado. Finalmente, es necesario añadir que, en el momento en el cual gané mi plaza, el doctor Davies llevaba más de veinte años como director del departamento y decano de la Facultad de Historia. Su ascendencia en el claustro de profesores era tal que no cabía plantear su reemplazo. Se convocaban elecciones como un mero trámite administrativo, ya que era proclamado inevitablemente el candidato único y, a continuación, ganador por mayoría absoluta. Muy pocas veces surgía un conflicto en el claustro. Y, si lo había, el decano llamaba a los implicados a su despacho, donde sentado en su butaca de cuero, bajo la luz intensa de una lámpara, escuchaba el relato de los contendientes; luego, los observaba impasible, con ojos severos, hasta que se desmoronaban y se hundían en los mullidos cojines de sus sillas hasta casi desaparecer. No era necesaria ninguna medida. Los profesores se disculpaban, hacían las paces y volvían a sus puestos, convencidos de que se había hecho justicia de forma infalible. En definitiva, el doctor Davies era la máxima autoridad de la universidad y, para mí, ha sido un orgullo y un honor crecer a su lado.

Pero de nuevo me he perdido recordando a mi admirado maestro. Lo que quería contar era mi primer día en el trabajo, y cómo el doctor Davies me sometió a su influjo incontestable para siempre. La verdad, ahora que lo pienso, es que en la fotografía —que, repito, fue tomada al finalizar la más que estresante jornada— aún mantengo bastante dignamente la compostura. Es decir, se puede intuir que la presunta altivez con la que miro a cámara es absolutamente fingida: las piernas casi no me sostienen; escondo las manos, agarrando las muñecas con fuerza para disimular su temblor; y adopto un rictus hierático que mis ojos traicionan. Pero, dados los «antecedentes» —que ahora relataré—, me atrevo a afirmar que se trata de una «actuación» muy meritoria. De hecho, quizás esta fue la prueba última con la que me evaluó el profesor, ya que a partir de ese momento dedicó todo el tiempo del mundo a mi formación. Pero empezaré por el principio...

En mi primer día, llegué a la universidad muy temprano. Hacía mucho frío, aun y cuando ya quedaban muy lejos las vacaciones navideñas. Un manto de nieve virginal había cubierto —quizás por última vez, para dar la bienvenida a la primavera— toda la superficie del campus, y los caminos de grava que lo cruzaban, serpenteando de un lado al otro a través del césped, eran invisibles. Sin embargo, me sentía henchido de un calor ingobernable, capaz de derretir sin esfuerzo todo aquel hielo. El orgullo de haber llegado hasta allí era enorme; en mi imaginación, cada paso que daba era una huella imborrable que simbolizaba mis futuros avances en el mundo académico. Avancé parsimoniosamente a través de aquella alfombra dispuesta especialmente para mí. Y cuando llegué a la puerta, permanecí un buen rato observando la quietud, la paz que envolvía aquella escena idílica. El sol se alzaba muy lentamente en el horizonte, y bañaba con suma delicadeza los pequeños brotes de los árboles, que poco a poco recuperaban su vestimenta después del crudo invierno. La nieve del tejado se derretía, y gotas, cada vez más abundantes, llovían desde las alturas, punteando el suelo en un ejercicio de estética y aleatoria elegancia. Pequeñas ardillas correteaban nerviosamente entre las ramas, intuyendo la llegada de los estudiantes, y con ellos la comida que habría de alimentarlas durante el día. Fueron unos instantes maravillosos; luego viví muchas veces momentos parecidos, pero creo que no conseguí alcanzar otra vez la misma perfección. Seguramente porque la primera vez es por definición irrepetible; y a pesar de ello no podemos evitar empeñarnos en obtener una misma experiencia en lugar de aceptar que esto no es posible, y que hay que dejar de recrear una vivencia que tal vez hemos exaltado en demasía, simplemente valorando el presente y no un pasado (quizás) idealizado. Esto, ¿por dónde iba? Disculpen, a veces no puedo evitarlo. A ver... Sí. Por fin, cuando atisbé el primer coche que estacionaba en el aparcamiento —rompiendo inevitablemente el hechizo que me había cautivado tan hondamente—, crucé el portal que abría una nueva etapa de mi vida. En el *hall* del edificio principal, me senté en un banco y me dispuse a esperar la llegada del doctor Davies, que debía introducirme a aquel mundo maravilloso. Sin embargo, a pesar de su conocida puntualidad, el doctor Davies no apareció enseguida, sino que fueron

los alumnos los que comenzaron a inundar el edificio poco a poco. Al cabo de pocos minutos, el ruido y el tráfico de personas de un lado al otro era incesante. La ola de estudiantes se movía de forma sincrónica, como un cardumen en busca de alimento, juntándose y separándose en pequeños grupos que se dirigían a un mismo lugar, sin entorpecer en ningún momento el tránsito de los demás. Creo que dicho baile adormeció un poco mis sentidos, porque cuando quise darme cuenta, el doctor Davies ya había pasado de largo. Además, no pude evitar quedarme paralizado, incapaz de reaccionar y llamar su atención. El hecho es que observé cómo el gran catedrático avanzaba por el pasillo vestido únicamente con una pequeña falda y una toga blanca sobre la espalda, descalzo, y portando un cetro coronado por lo que parecía un ave rapaz. ¿De verdad estaba viendo al doctor Davies vestido como si fuera un dios egipcio? ¿Como el mismo Ra? Y, sin embargo, nadie parecía reparar en ello, ni darle la menor importancia. Tanto sus colegas como los alumnos con los que se cruzaba inclinaban respetuosamente la cabeza a su paso, y él les correspondía/bendecía con un «buenos días» de lo más afable. Se trataba, pues, de un sueño, pero tan real que no conseguía ordenar mis pensamientos. Además, respiraba muy fuertemente, luchando por obtener el aire que se resistía a avanzar por mis vías respiratorias, bloqueadas a causa de la ansiedad. Como muchas otras veces, recurrí a un truco que leí en un cuento japonés, donde un niño cerraba los ojos y contaba del uno al diez, lentamente, para acompasar la respiración y superar las crisis de asma que lo asolaban. Cuando los abrí de nuevo, unos minutos más tarde, el edificio estaba prácticamente vacío; ya todas las clases habían comenzado. Me levanté y subí las escaleras hasta el segundo piso, donde el doctor Davies debía dictar su lección esa mañana. Fui recorriendo el pasillo sin prisa, observando temerosamente las distintas aulas a través del pequeño cristal de las puertas, hasta que por fin localicé aquella donde se encontraba el profesor. Para mi tranquilidad, el decano —que estaba firmemente dispuesto sobre la tarima, hablando con vehemencia a un auditorio que lo escuchaba atentamente— llevaba la ropa de siempre: la americana, el chaleco y la corbata. No osé interrumpir su discurso, por lo que me dirigí a la cafetería. Necesitaba reflexionar, además, sobre lo que había sucedido. Seguramente, los nervios del primer día eran la causa de aquella suerte de alucinación, o bien de sueño extraño, que había acontecido/sufrido durante unos breves segundos. Pero este razonamiento, aunque lógico, no se ajustaba completamente a lo que había percibido tan nítidamente con mis sentidos. ¿Me estaba volviendo loco? ¿Qué debía hacer, si —aunque fuera a causa de los nervios— tenía visiones tan delirantes? ¿Debía ir lo más rápidamente posible a una consulta médica? ¿O, quizás, al psicólogo? No tengo claro cuánto tiempo estuve en este estado de abstracción reconcentrada, formulando preguntas sin respuesta; pero, al fin, fui despertado del letargo cuando el doctor Jones, el secretario del departamento, se acercó a mí y me invitó a seguirlo para presentarme al claustro de profesores. Para mi sorpresa, el departamento había organizado un almuerzo informal en uno de los comedores, donde todos los profesores me recibieron con mucha cordialidad. El doctor Davies estaba allí, también, pero intercambió conmigo solo unas palabras y me instó a dirigirme a su despacho cuando acabara la recepción. Ya estaba más tranquilo, más relajado. El almuerzo de bienvenida había calmado el estado de agitación que me había consumido durante casi toda la mañana. Ahora sí, ya podía disfrutar de mi primer día; aquel pequeño incidente debía ser, únicamente, una simple anécdota que contar al cabo de unos años.

Entonces, ocurrió el segundo suceso. Cuando el doctor Davies abandonó el comedor, observé cómo de su bolsillo caía una especie de pañuelo blanco, muy similar a la toga que había visto en el *hall*. El doctor Jones corrió a recogerlo, mientras que su mujer, también profesora del departamento, se acercó y le entregó lo que sin duda era el cetro con el que había avanzado unas horas antes con tanta distinción. Y, a pesar de la sorpresa que me causó ver de nuevo aquellos elementos, lo que más me llamó la atención fue la actitud, tan sumisa, de los dos profesores. Estos se inclinaban miedosamente, sin osar alzar los ojos, para entregar de forma ceremoniosa aquellos objetos misteriosos al catedrático. ¿Qué demonios estaba sucediendo? Sí, aquel hombre era una eminencia y cabía mostrar un profundo respeto, pero aquello era demasiado. ¿Era posible que, a pesar de ser un excelente docente e investigador, aquel hombre fuera un déspota que tratara con tanto desprecio a sus subordinados? No, aquello no tenía sentido. Debía haber otra explicación. Pero ¿cuál? Después de unos minutos de extrema concentración, sudando a mares, tratando de elucubrar alguna solución razonable, llegué a una salida sin escapatoria. Asumiendo que no era yo el que estaba loco (la reaparición de los dos objetos, toga y cetro, invalidaban la hipótesis del sueño/alucinación matinal), solo cabía una explicación plausible (ahora veo —y así lo verán ustedes cuando la lean— que ciertamente estaba fuera de mis cabales, en ese momento): el decano era, en verdad, el mismo Ra. Porque, ¿cómo, si no, se

→

explicaba que por la mañana aquel hombre se pasease por el campus vestido de dios egipcio sin que nadie se percatara, aparte de mí? O bien, sí lo habían visto, pero ya conocían su secreto... No, esa no era una opción. Sí que es verdad que existía la leyenda urbana. Los alumnos, y también los colegas, bromeaban muchas veces que solo de esta forma —la forma de deidad, claro— se podían explicar los conocimientos tan exactos y minuciosos que exhibía aquel hombre acerca de todos los mitos del antiguo Egipto. Pero nadie lo creía de veras, por supuesto. El mundo académico se fundamenta sobre la razón, el pensamiento científico. Y, en cambio, mi primer día en aquel templo de conocimiento estaba socavando todos los cimientos de mis creencias. No, nada de aquello era posible, sin duda debía asumir que me estaba volviendo loco. Una pena, la verdad, después de tantos esfuerzos, después de tantos años de estudio. Porque, ¿de verdad estaba concibiendo la posibilidad de la existencia de un dios escondido entre los hombres? No, aquello no tenía sentido, me repetía una y otra vez, debía marcharme a otra parte. Quizás a una universidad más pequeña, donde no sufriera una presión tan intensa, que sin duda había destruido mis nervios. Apesadumbrado, me dirigía hacia la salida cuando la voz de la secretaria del doctor Davies se escuchó por megafonía. El decano me exhortaba (estas fueron las palabras exactas) a acudir inmediatamente a su despacho. El doctor Jones se acercó a mí con cara de circunstancias. Sorprendentemente, me abrazó y me golpeó con la palma de la mano en el pecho, sin articular palabra. Su mujer, a su vez, me entregó una bandeja de frutas. Pero, ¿qué significaba aquello? Yo también era un experto en las costumbres y ritos de la civilización egipcia, y enseguida comprendí que se estaban despidiendo: el sacerdote de Anubis había sopesado mi corazón, que debía ofrendar, junto a la fruta, a Ra. Por unos momentos, pensé en pedir ayuda. Quizás el doctor Jones podía interceder por mí. Sí; de alguna forma misteriosa, yo había sido capaz de descubrir el secreto del doctor Davies, y el porqué de la fama de la más excelsa universidad del mundo. Pero yo podía guardar el secreto. Nunca revelaría su identidad. Yo solo quería trabajar humildemente a sus órdenes. Y, quizás, con su intercesión, convertirme en uno de los mejores egiptólogos de todos los tiempos. Pero claro, este era el pacto que seguro había establecido el doctor Jones. Y, seguramente, ahora veía comprometidas sus aspiraciones. No los estorbaría, pensé; esperaría pacientemente, bajo su sombra, hasta que llegara mi momento. Sería un alumno fiel y disciplinado. Pero no me creería, claro. Una vez explorada mi alma, ¿cómo fiarse de mí? La ambición formaba parte de mi naturaleza intrínseca; a pesar de que me comprometiera a cumplir la palabra, en verdad no lo desearía de corazón. Por lo que todo estaba perdido. No debía dilatar más aquella tortura. Me dirigí, pues, al despacho del decano, a mi última hora.

Todo el mundo me miraba mientras arrastraba los pies hacia el despacho del doctor Davies. Observé que algunos alumnos reían, pero la mayoría expresaban en su rostro cierta lástima, incluso preocupación. No les hice caso. Tratando de olvidar los pensamientos tortuosos que me habían arrebatado mi existencia, seguí adelante, contando del uno al diez, respirando cada vez con más calma. Así, cuando llegué a la puerta, ultrapasé el umbral con mucha más fuerza de espíritu. Si era el final, lo enfrentaría como un hombre.

El despacho estaba muy oscuro. Las cortinas de terciopelo estaban cerradas e impedían que los rayos del sol accedieran a la cámara decimonónica. Las columnas de mármol, los muebles y estanterías de madera noble presidían la estancia donde el Decano dictaba la ley. El doctor Davies estaba sentado en su butaca de cuero, vestido como un caballero, y fumando con su pipa de caoba reposadamente. Estaba leyendo un documento —una especie de pergamino— con mucha atención, con la ayuda de una lupa. El Decano levantó un momento la vista, y me indicó vehementemente que me acercara. Lo hice temblorosamente, sin mirar en ningún momento a sus ojos. Me ofreció asiento a su lado y esperé durante unos segundos eternos a que emitiera su veredicto. Pero, en lugar de ello, me dio su lupa, agarró una manzana de la bandeja de frutas y se acomodó en la butaca, sugiriendo con la mirada que explorara el pergamino sin ninguna prisa. Indeciso, agarré reverencialmente el instrumento óptico y me incliné sobre la hoja de papel. Enseguida, mis nervios se crisparon sin remedio. Delante de mí se hallaba, sin lugar a dudas, un jeroglífico auténtico, original del alto Egipto, una joya demasiado valiosa para no ser salvaguardada en una urna, en un museo. Miré de reojo al decano, que con un gesto observó que no me preocupara por esas nimiedades. «Ya lo discutiremos más tarde», parecía decir. «En fin», recapacité, «por lo menos aprovecha la oportunidad». Maravillado, enseguida olvidé todas mis preocupaciones, todas las tribulaciones que me habían sobrevenido tan injustamente. Ya no tenía ninguna importancia si a mi lado se sentaba el decano o el mismo Ra; tenía en mis manos un documento inaudito, y mi única misión era descifrarlo. Durante casi una hora, navegué por el documento tratando de encontrar una pauta. Con la ayuda de un lápiz y de una libreta, que el decano me alcanzó

solícitamente, y de un par de manuales que también dispuso a mi lado, trabajé incansablemente para resolver el misterio. Cuando acabé, y observé la sonrisa, casi carcajada, del bueno del doctor Davies, comprendí enseguida todo lo ocurrido, y cómo, indudablemente, el poder de aquel hombre era inconmensurable. Finalmente, encajé la mano muy orgullosamente con aquel que sería mi mentor, que de forma tan original me había dado la bienvenida a su equipo.

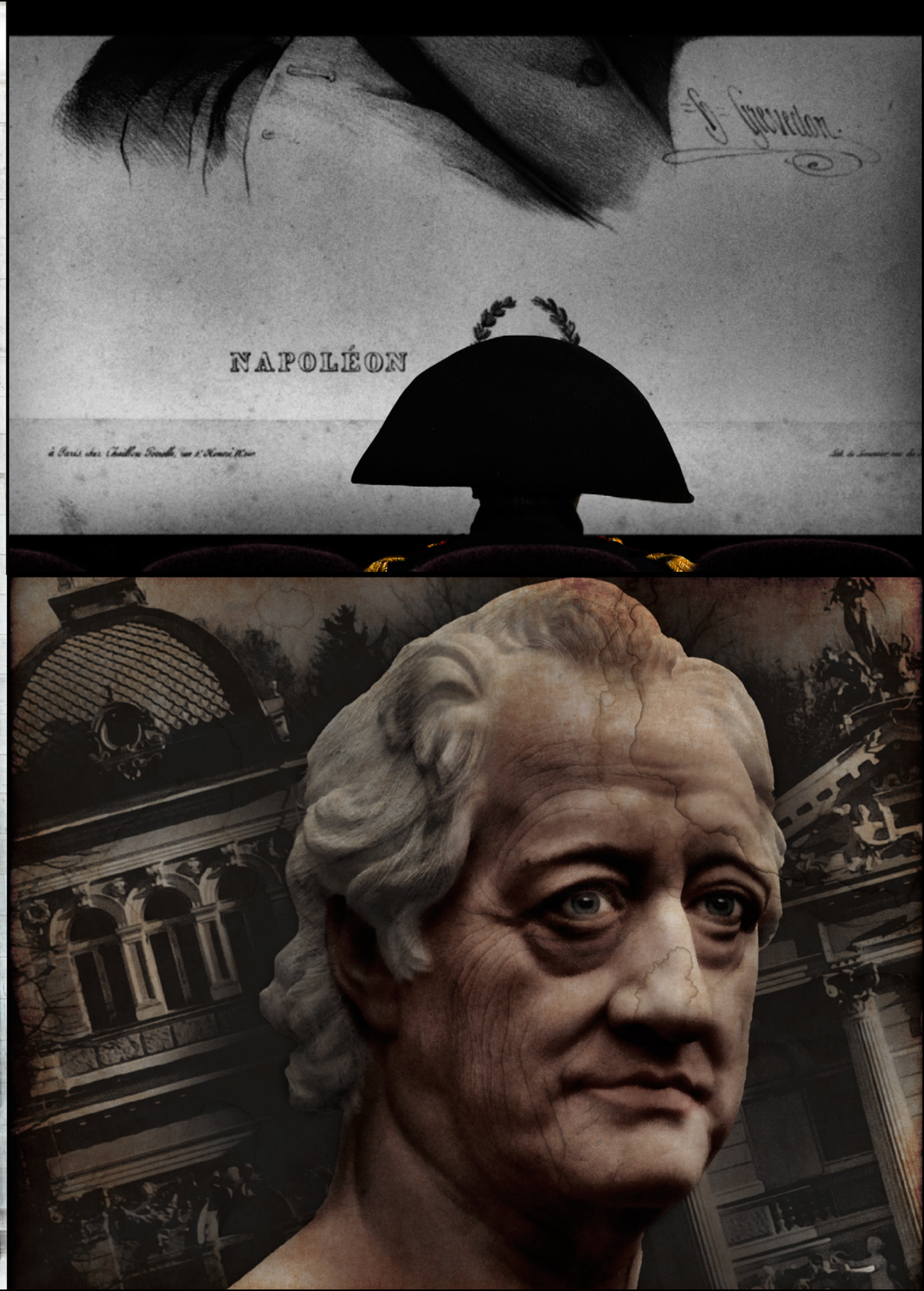
Luego, por la tarde, tomamos la fotografía que ha desempolvado mis recuerdos. A veces pienso que no fue más que un sueño, que simplemente lo imaginé todo. La verdad es que ya no me atrevo a aseverar que lo que he relatado forme parte de la realidad o de una fantasía. En cualquier caso, superé la prueba del primer día, y desde entonces, trabajé codo con codo con el doctor Davies. Al cabo de unos años se jubiló. Y hace ya diez años ocupé su plaza de catedrático y, también, de decano de la Facultad. Y ahora, nos ha dejado para siempre, dejando un vacío enorme en mi corazón. En fin, la vida sigue... Por cierto, mañana es el primer día de un recién doctorado muy prometedor. Tengo que evaluar aún todos los informes, pero creo que por fin he encontrado al que debe ser mi sucesor. Ese es el motivo por el que ordenaba el despacho, ahora lo recuerdo. A ver si por algún lado encuentro el cetro y la toga...

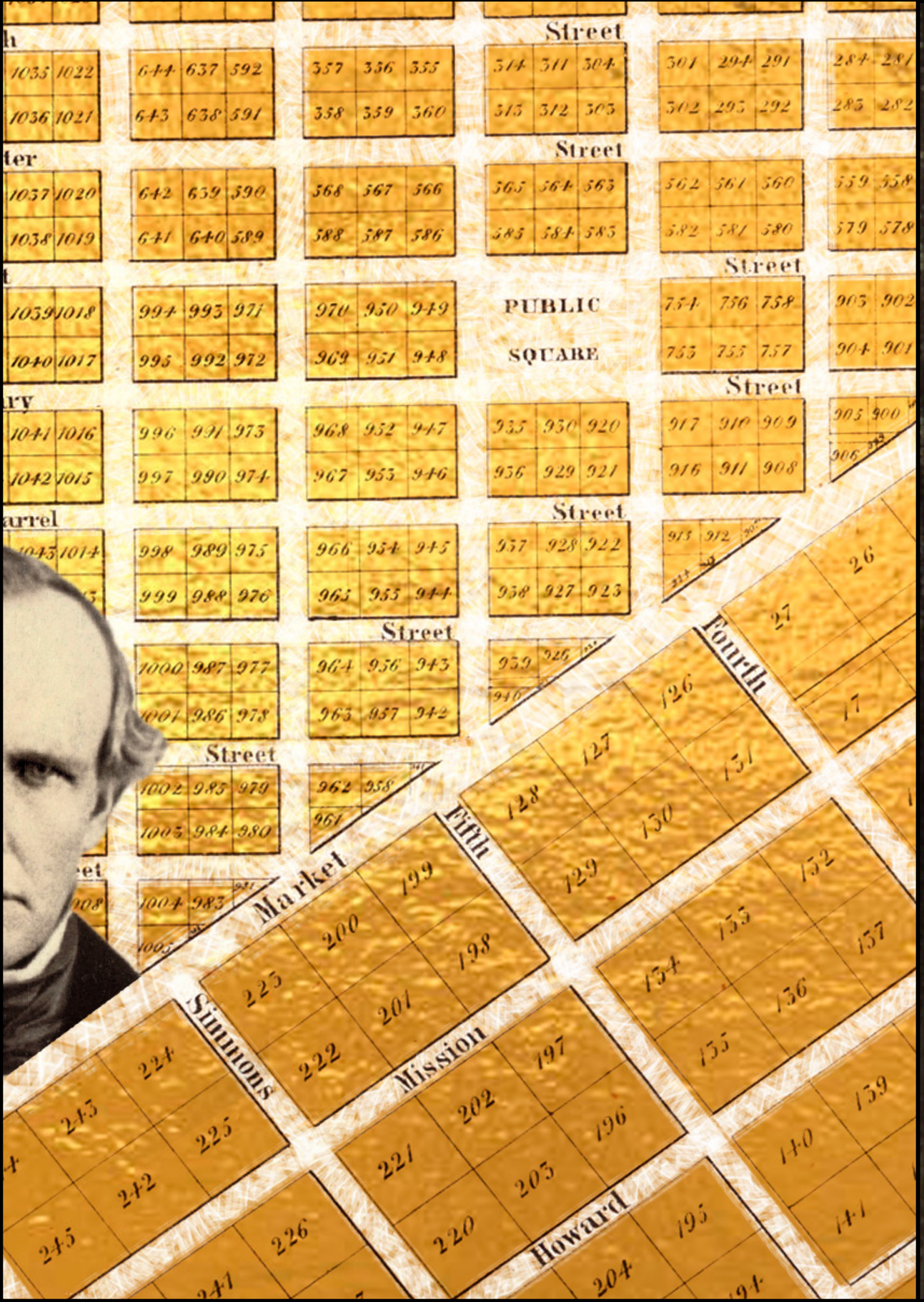
[1] Ver Placer nº 1.

14 MOMENTOS ESTELARES DE LA HUMANIDAD

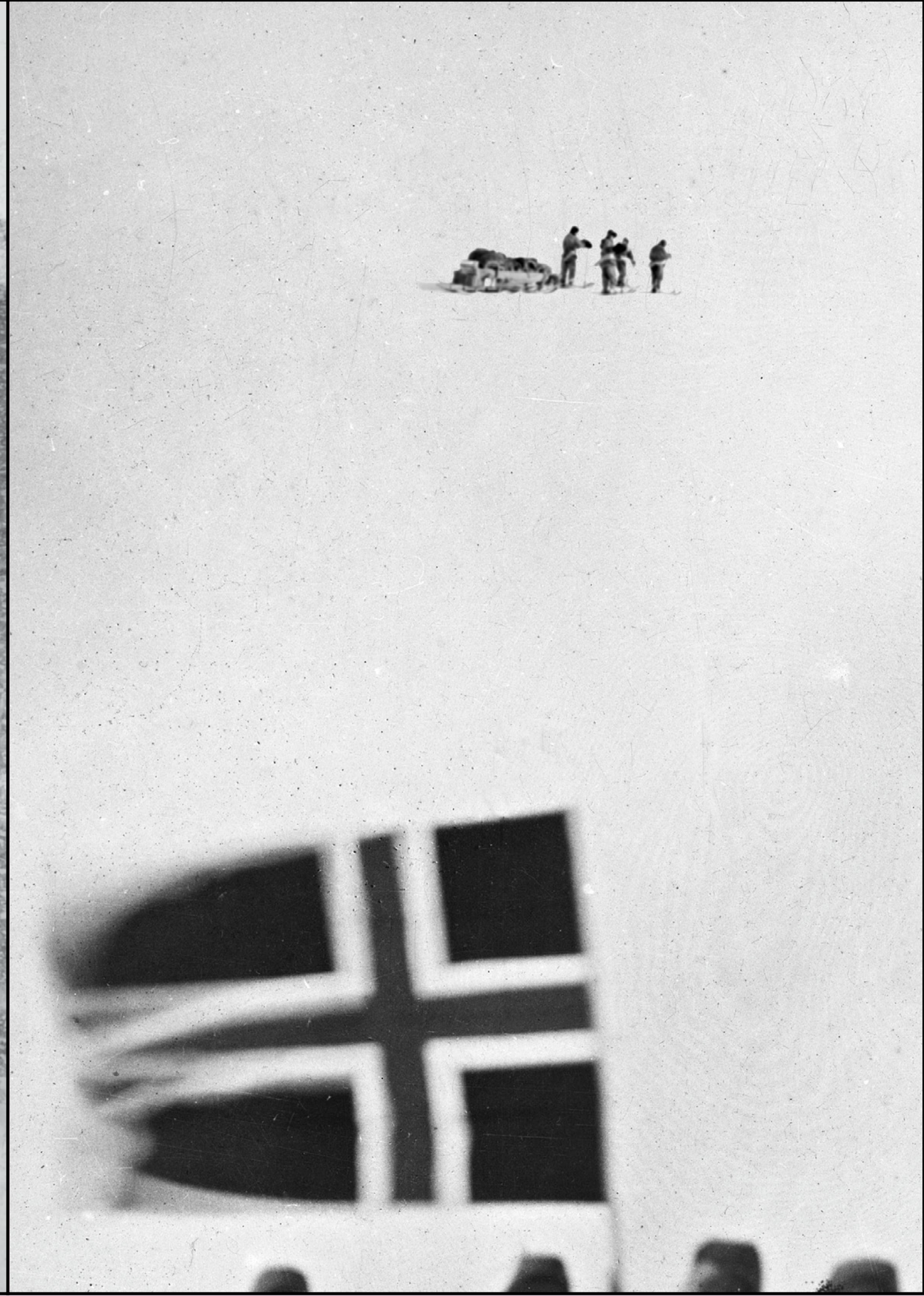
No he conseguido encontrar las palabras exactas en las memorias de Zweig, esto es, *El mundo de ayer*. El hecho es que, en este libro, el autor utiliza de forma un poco despectiva el término «librito» para referirse a una de sus obras más reconocidas: *Momentos estelares de la humanidad*. Aunque no lo expresa con claridad a lo largo de las pocas páginas que utiliza para referirse a su obra (posterior a sus comienzos poéticos y dramáticos, que considera muy iniciáticos y faltos de originalidad), da la impresión de que el autor considera que estas miniaturas históricas (subtítulo del mismo libro) no están a la altura de otras de sus creaciones, especialmente las biografías, acerca de las cuales razona que se ha documentado de forma sistemática y exhaustiva, para luego depurar el texto y así conformar una lectura lo más atractiva posible. En fin, para los demás mortales (esta es otra impresión que la lectura del mismo «librito» genera/provoca, y que hemos revisado en alguno de los artículos de este número), el dichoso «librito» es brutal. Es verdad que es arbitrario; es decir, se eligen 14 momentos relevantes de la historia de la humanidad, pero si se revisan con cierta objetividad, se llega fácilmente a la conclusión de que no son todos ellos igual de determinantes (o al menos esta es la conclusión a la que soy yo capaz de llegar fácilmente). Ahora los enumeraremos, pero está claro que, por muy magnas que sean las obras de nuestro Tolstoi o *El Mesías* de Händel, no cabe compararlas con la magnitud (para el curso de la historia, al menos) de la batalla de Waterloo o el descubrimiento del Pacífico, por poner dos ejemplos. Incluso, si nos circunscribimos a las obras artísticas (aquí cabe apuntar/recordar que Zweig revela en *El mundo de ayer* que la creación artística es la que guía el sentido de su vida; esto queda claro cuando uno revisa sus visitas y relaciones epistolares con distintos artistas o su afán enfermizo por coleccionar los esbozos, los borradores de las grandes obras de los genios (Da Vinci, Goethe, etc.), para comprender la génesis de sus obras), ¿por qué Händel y no Mozart, que además es austriaco como él?

En fin, sea como sea, no es nuestra misión juzgar las elecciones del bueno de Zweig. Aceptando, por tanto, como buenas las miniaturas, que —también cabe apuntar— en ningún momento se defienden como las más relevantes, lo que se nos ocurrió fue otra cosa. A ver, tenemos una sección fija (esto siempre queda bien en una revista que se precie (véase que tenemos algunas como *Placer es*, *El circo de las opiniones* o *La anécdota*; y que teníamos pensadas otras que por suerte no fructificaron, como *El rincón del purista* o *Spare/spaces*)) que es *Flotogafías*. Y en cada número hemos optado por una solución distinta. Seguramente la más brillante fue la de autorretratos del artista maldito, a lo Baudelaire, de Luisjo; pero también tuvimos otras destacadas, como las primeras fotografías en color de Rusia con Tolstoi, las fotos del amanecer de Barcelona de nuestro dentista favorito y, cómo no, todas las fotos de *beatniks* que, de hecho, tuvieron incluso un anexo especial en Navidad/para navidades. También hemos pedido fotos «caseras», a algunos amigos, por ejemplo de Praga, o del viaje en el Transiberiano, más reciente. Y, sin embargo, aún no hemos ahondado lo suficiente en una de nuestras ideas iniciales, que consistía en realizar las fotos nosotros (bueno, Marcos) mismos (¿recuerdan a Zuhair o a los autores de *Maullido*?). Esta vez (apunto aquí que en este momento aún no tenemos claro si habrá únicamente este apartado de flotos o bien se incorporará un segundo, más clásico) decidimos que queríamos hacer nosotros (bueno, Marcos) estas flotos. Y el objeto de estudio, obviamente, serían/han sido los 14 momentos estelares. La deriva propia de nuestra naturaleza, o bien la creatividad aleatoria que nos consume a veces de forma compulsiva, nos llevó al proyecto actual que ahora presentamos, esto es, la elaboración de 14 ilustraciones que puedan acompañar a la (re)lectura de este libro (¡y no librito!) tan especial. Esperemos que les gusten. En orden: Cicerón. 15 de marzo de 44 a. C.; La conquista de Bizancio. 29 de mayo de 1453; Huida hacia la inmortalidad: El descubrimiento del océano Pacífico. 25 de septiembre de 1513; La resurrección de Georg Friedrich Händel. 21 de agosto de 1741; El genio de una noche: La Marsellesa. 25 de abril de 1792; El minuto universal de Waterloo: Napoleón. 18 de junio de 1815; La elegía de Marienbad: Goethe entre Karlsbad y Weimar. 5 de septiembre de 1823; El descubrimiento de El Dorado. Enero de 1848; Momento heroico: Dostoievski, San Petersburgo, plaza Semenovsk. 22 de diciembre de 1849; La primera palabra a través del océano: Cyrus W. Field. 28 de julio de 1858; La huida hacia Dios. Finales de octubre de 1910; La lucha por el polo sur: El capitán Scott, 90 grados de latitud. 19 de enero de 1912; El tren sellado: Lenin. 9 de abril de 1917; Wilson fracasa. 15 de abril de 1919.


NAPOLÉON


Street
PUBLIC
SQUARE
Market
Fourth
Fifth
Mission
Howard
Simmons

ОБОНАТЭЛ



Orkney Is.
Shetland
Stavanger
Egersund
The Hebrides
Inverness
Aberdeen
Dundee
Malin Head
Belfast
Sligo
Limerick
Dantzic
Hamburg
Bremen
Berlin
Hanover
Magdeburg
Halle
Leipsic
Dresden
Düsseldorf
Cassel
Chemnitz
Cologne
Frankfort
Prague
Pilsen
Böhmer Wald
Nuremberg
Stuttgart
Augsburg
Munich
Mannheim
Metz
Strasburg
Basel
Zurich
Berne
SWITZERLAND
London
The Hague
Rotterdam
Antwerp
Brussels
BELGIUM
Lille
Amiens
Reims
Rouen
Le Havre
Paris
Versailles
Orléans
Rennes
Le Mans
Angers
Nantes
Poitiers
Troyes
Dijon
Nancy
Oporto
Coimbra
Lisbon
Setúbal
Elvas
Badajoz
Sierra
Cordova
Seville
Lagos

EL MUNDO DE AYER/SUITE FRANCESA

«*El mundo de ayer* es uno de los más conmovedores y atractivos testimonios de nuestro pasado reciente, escrito además con mano maestra por un europeo empapado de civilización y nostalgia por el mundo, el suyo, que se iba desintegrando a pasos agigantados». Suscribo todas y cada una de las palabras anteriores, que forman parte de la contraportada del libro editado por El Acantilado. Pero, un momento. Primero cabe aclarar una cosa. No es esta la reseña ni el comentario de este libro extraordinario. Ya concedimos este encargo a nuestra periodista favorita. En este artículo, lo que pretendo es compartir (con cierto rubor) un pensamiento —una suerte de apunte a pie de página— que me sobrevino al leer esta obra de forma paralela, es decir, de forma simultánea, a *Suite francesa*, de Irène Némirovsky. Es importante resaltar, por otra parte, que en ningún caso deseo (tampoco podría) criticar ninguna de las obras. Simplemente, me gustaría relacionar dos visiones de un momento en el cual la barbarie y bajeza de la naturaleza humana llegaron a su máxima expresión. En verdad, se podría afirmar que son visiones muy cercanas, ya que se trata de las perspectivas de dos escritores de un nivel cultural muy elevado. Pero, por otra parte, también es posible considerar que hay algunos pequeños matices —en los cuales el enfoque rota unos infinitesimales grados, en los cuales el prisma a través del cual se contempla la realidad se inclina imperceptiblemente y refleja una realidad distinta— donde es posible hallar grandes diferencias. En fin, creo que no es necesario alargar más esta introducción, un tanto desordenada (como siempre), ya que en el título se indica claramente que este artículo es un análisis comparado (permítanme el atrevimiento, por una vez) de un aspecto particular que distingue a las dos obras. Así, de la misma manera que con el *El mundo de ayer*, déjenme presentar a la imprescindible *Suite francesa* utilizando la contraportada de la edición que tengo en mis manos, de Salamandra: «*Suite francesa* combina un retrato intimista de la burguesía ilustrada con una visión implacable de la sociedad francesa durante la ocupación, en un testimonio profundo y conmovedor de la condición humana».

Observen las últimas palabras: condición humana. Ahí radica la potencia de la obra de Irène Némirovsky, escritora judía que, de la misma forma que Stefan Zweig, tuvo que huir de la persecución nazi a causa de su «raza». Y, durante dicha huida, reflexionando profundamente acerca de lo que ocurría, fue capaz de desnudar de todos los artificios la naturaleza, intrínsecamente «sucia», del ser humano. Sí, «sucio» es el adjetivo último que he elegido, después de meditarlo (esta vez más que de una licencia podríamos hablar de escándalo) mucho. La razón es que cualquier otro término es demasiado doloroso. Y también, que es especialmente ilustrativo del proceso de limpieza/desenmascaramiento que acompaña a la descripción minuciosa y pormenorizada de los personajes que componen *Suite francesa*. Por cierto, fue en 1941 cuando Irène Némirovsky, que llevaba la estrella amarilla en su pecho, emprendió, a pesar de su situación, el trabajo más ambicioso de su vida literaria. Quería escribir una sinfonía de cinco piezas (solo llegó a escribir dos de ellas) para retratar la situación de Francia, vencida y ocupada. En ella, sin ninguna conmiseración, desvela de forma terrible los instintos más básicos: el miedo y la cobardía de la población, que no solo se pliega a la humillación ejercida por el ejército alemán sino que cae al abismo por sus acciones faltas de humanidad. Como escribe Stefan Zweig en *El mundo de ayer*: «... nunca jamás (y no lo digo con orgullo sino con vergüenza) sufrió una generación tal hecatombe moral, y desde tamaña altura espiritual, como la que ha vivido la nuestra». Por cierto, como ya saben, Stefan Zweig no soportó esta situación y se suicidó junto con su esposa el 22 de febrero de 1942. Unos meses más tarde, el 13 de julio, Irène Némirovsky fue detenida, y el 17 de agosto fue asesinada en el campo de exterminio de Birkenau. Destinos, ambos, terribles. Y que, ciertamente, demuestran la lúcida reflexión de Stefan Zweig.

El hecho es que, a mí, las palabras de Zweig me transmiten una inocencia impropia de un autor que, en sus demás creaciones, e incluso en la misma obra —en la cual expone ideas tan modernas para la época como la libertad individual y el feminismo, o bien analiza de forma brillante los orígenes de los movimientos que llevan el sello de la intolerancia para con los otros—, demuestra una profundidad psicológica insuperable. No creo que se trate (solo) de cierto esnobismo a causa de su situación social. Stefan Zweig describe en sus memorias que vive sin preocuparse demasiado de la política (más allá de un ideal idílico por una Europa hermanada), sin ningún apremio económico, y que es libre para dedicar su vida a la cultura, relacionándose con todo tipo de artistas que elevan su espíritu. No parecería tan sorprendente, entonces, que Stefan Zweig, de forma (creo) inconsciente, conceda muy generosamente a la humanidad lo que denomina una elevada «altura espiritual», previa a la hecatombe. Esta postura podría radicar, primordialmente, en separar la obra artística del hombre de sus pulsiones más íntimas, de los instintos que guían sus actos. Es decir, cuando Zweig añora «el mundo de la seguridad» en el cual crece, únicamente fija su atención en la brillante producción artística del momento, que la sociedad (bien, una parte privilegiada) vienesa atesoraba con orgullo. Mientras que en ningún momento atribuiría posibles faltas a estas mentes preclaras o podría concebir otra concepción de la vida que la suya. Desde el respeto más profundo, y aun admirando una obra tan monumental que seguramente no somos capaces de comprender completamente (la verdad es que reconozco, también, que es imposible no envidiar la sabiduría y el entusiasmo por lo artístico que transmite el autor), Zweig parece mostrar cierto desarraigo por lo común. De la misma manera que Borges —por cierto, nuestro primer autor en Placer—, no parece insensato advertir entre líneas que el autor nos contempla a todos desde una altura espiritual que ciertamente cabe admirar, pero que de alguna manera no es natural y está despojada de «humanidad». La forma de ilustrarse que describe Stefan Zweig en sus memorias, y también la facilidad con la que consigue crear y ser reconocido (sí, ahora sí está claro que siento una insana envidia) es tan hermosa que resulta incluso utópica. No es la nuestra, y no podemos concebirla, por tanto, como una norma general.

A mi humilde entender (véase que por una vez he dejado de «hablar» en mayúsculas y/o plural mayestático), esta es la diferencia fundamental entre *El mundo de ayer* y *Suite francesa*. Irène Némirovsky dibuja un retrato más realista de la condición humana. Sí, existen personas que brillan por encima de las demás como Stefan Zweig, o la misma Irène. Pero son excepcionales. Lo que descubrimos en *Suite francesa* es la verdadera condición humana. Cuando la desgracia arrecia, se descubren todos los artificios, se rompen todas las máscaras. Solo unos pocos resisten. Solo unos pocos se elevan sobre la masa. Irène Némirovsky, aun intuyendo un destino infausto, no cejó en su empeño y trató de compartir lo que eran sus observaciones (*Notas sobre la situación de Francia*, escribió) más íntimas. Y elaboró un texto —redactado en letra minúscula para economizar la tinta— tan descorazonador que inhabilita cualquier intento de defender una posible época dorada de la humanidad. No se trata, únicamente, de desvelar la falsedad de la burguesía más ilustrada (y opulenta). También sucumben a su mirada penetrante las clases más bajas y, sobre todo, los supuestos espíritus elevados. Gabriel Corte, un escritor egocéntrico y caprichoso, exclama desde su coche, al contemplar a una familia de pobres a su lado: «¡Qué horror, qué caras tan repugnantes!» Lo mismo siente la señora Péricand, que se comporta con ficticia (tan consolidada que incluso cree en ella) piedad cristiana, y que en cambio solo contempla compartir sus alimentos con los de su clase. O que únicamente se debe al cuidado de su suegro a causa de su fortuna. Es más, solo después de comprobar que sus joyas no han sido extraviadas después de huir de un incendio, es capaz de recordar que se ha olvidado del abuelo: «Nos hemos olvidado de mi suegro». Los ejemplos son inacabables. Únicamente uno más, especialmente crudo. El Padre Philippe debe acompañar a treinta huérfanos en su huida de la ciudad. Y, mientras lo hace, sufre una lucha interna que desenmascara su intolerancia: «... en el fondo de su corazón sabía que no lo deseaba. Solo deseaba una cosa: perderlos de vista cuanto antes, y liberarse de aquella responsabilidad y del malestar que le hacían sentir». En definitiva, el horror de la guerra es la prueba que no superan la mayoría de personas, revelando sus más bajos instintos. Pero la conclusión es aún más vil. En el fondo, solo se trata de un detonante; estos sentimientos ya existían, y no había ninguna «altura espiritual previa». Gabriel Corte ya era una persona horrible antes de la guerra, que vivía obsesionado con sus porcelanas y esclavizaba a su mujer y a su servicio. La señora Péricand estaba instalada en la riqueza, pero su ambición la conducía a vivir obsesionada por complacer a su suegro, con tal de recibir su herencia. Y el Padre Philippe, a pesar de buscar la Gracia con sus acciones pías, seguía condicionado por sus escrúpulos, que él mismo temía no vinieran de Dios, sino de Otro...

Bien, no me atrevo a ir más allá. Solo me queda admitir que es posible que no haya entendido nada, o que haya exagerado el contraste. De hecho, es probable que no sean obras comparables, al menos desde el prisma que he utilizado. Así, mientras que Stefan Zweig describe con emoción en *El mundo de ayer* una atmósfera espiritual que sin duda existió en su juventud, al menos en los círculos que frecuentaba (ahí está el foco de su atención), el objetivo de Irène Némirovsky en *Suite francesa* no es rememorar el mundo anterior, sino describir de forma cruenta la naturaleza de la mayoría de personas que conforman la sociedad (descartando toda posible «elevación espiritual» de esta, eso sí). En fin, espero que hayan comprendido lo que quería compartir. La verdad es que, si a una idea poco objetivable como esta se suma cierta (máxima generosidad, de nuevo) incapacidad para sintetizar de forma más ordenada y nítida el discurso, el resultado no es otro que otro artículo ecléctico (sí, aquí también he sido generoso con el adjetivo; por ejemplo, «tendencioso» sería más exacto) de Placer. Marca de la casa, señoras y señores. Y ya van doce números... Hasta pronto.

PLACER

EL MÓN D'AHIR

I ELS FANTASMES DE L'EUROPA D'AVUI

L'hivern que vaig començar a llegir *El món d'ahir* l'Europa del segle XXI començava a trontollar. El gener del 2015 dos homes van entrar a la seu de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo*, a París, armats amb un Kalaixnikov i una escopeta, i van matar dotze persones. L'atac va impactar la societat europea, que va reaccionar sortint al carrer en defensa de la llibertat de l'expressió (i el famós lema #jesuischarlie). Però a partir d'aquest episodi alguna cosa va canviar. Havia arribat la por. D'una banda, sota diversos noms: Estat Islàmic, terrorisme, llop solitari, però alhora també rere l'aparença de l'altre. Europa apareixia en el punt de mira de grups terroristes forjats en guerres en principi llunyanes. O no tant, si les potències europees també hi enviaven tropes. O míssils. O feien negoci amb les armes. De cop i volta, Europa es trasbalsava.

A tot això, s'hi ha de sumar l'angoixa pròpia d'aquesta època de seguir atemptats minut a minut a través de les xarxes socials, d'intentar aterrar la guerra de Síria a casa nostra, de mirar d'entendre les conseqüències d'una Europa que s'ha passat anys donant l'esquena a qui ha nascut aquí però té un color de pell diferent. En aquest context, mesos més tard arribaria un atemptat brutal a París: aquest cop en un concert a la sala Bataclan i a les terrasses d'un barri de moda on la gent sopava tranquil·lament. Un atac a un estil de vida i una ferida que cada cop es feia més gran. Però aleshores ja no es va sortir al carrer per la llibertat d'expressió, sinó que es va instaurar la cultura de la por. La cultura de la seguretat. I el llenguatge bèl·lic. Un estat d'excepció a França que va arribar per quedar-se. I que ha fet que ens acostumem a veure l'exèrcit patrullant pels carrers amb arma llarga i que acceptem que ens retallin llibertats en nom d'una suposada seguretat.

Tot això passava el 2015, el mateix any en què vaig llegir *El món d'ahir. Memòries d'un europeu*. Mentre intentava digerir una pila d'emocions i reflexions sobre el món on vivíem, m'endinsava en les «memòries d'un europeu» escrites poc abans que Stefan Zweig se suïcidés. I m'esgarrifava com, des de la distància, em topava amb fenòmens que evidencien que la història es repeteix. La cultura de l'odi, la por a la pèrdua de la seguretat i del món tal com l'hem conegut, la provisionalitat. El primer capítol de l'obra es titula precisament «El món de la seguretat».

A *El món d'ahir* Zweig retrata una generació que va haver de viure dues guerres mundials. És capaç de traslladar-te a un món que ja no és el nostre i ens permet endinsar-nos també a la societat de principis de segle XX, que veu com de cop i volta la vida avança a una velocitat molt accelerada. L'escriptor capta una generació que ha canviat totalment respecte l'anterior, centrant-se en aspectes com l'educació, els passos incipients de l'alliberament de les masses o la vitalitat que respiren les ciutats, com París, Londres, o també Moscou i Leningrad. De fet, pren consciència generacional assegurant que «cadascú de nosaltres, fins al més insignificant de la nostra generació, sap avui dia mil vegades més de les realitats de la vida que els més savis dels nostres avantpassats. Però res no se'ns ha regalat: hem hagut de pagar-ne el preu total i real».

Passa sovint que ens podem preguntar si el que estem vivint condicionarà els propers anys. Si estem prou atents i sabrem reaccionar a l'aparició de fenòmens com l'auge de la ultradreta i una xenofòbia creixent arreu d'Europa en ple segle XXI. Hi serem a temps o ja anem tard? A *El món d'ahir* Zweig és conscient que d'alguns fenòmens se n'adona massa tard. Per exemple, explica com en els anys previs a la Primera Guerra Mundial, tant ell com els seus col·legues estan massa interessats en la descoberta de la poesia i la literatura, i que no són capaços d'adonar-se de la persecució contra jueus i eslaus i la passivitat generalitzada: «tan sols quan, unes dècades més tard, parets i sostre es van esfondrar damunt els nostres caps, vam reconèixer que els fonaments feia temps que estaven soscavats i que amb el nou segle havia començat ensems a Europa l'ocàs de la llibertat individual».

Dècades més tard, apunta que li passa una cosa semblant quan es comença a parlar d'Adolf Hitler. Afirma que no recorda el primer moment que sent el seu nom, que li arriba com el d'un «agitador tremebund que es deia Hitler, que celebrava reunions amb moltes batusses i atiava la gent, de la manera més vulgar, contra la República i els jueus». Ell diu que no hi presta gaire atenció, perquè no era l'únic de l'època i inicialment els sembla insignificant. I al cap d'un temps obre els ulls i a partir d'un detall, com són els vestits: «per primera vegada em vaig adonar que, darrere aquelles banderes aparegudes de sobte, s'hi devien amagar forces econòmiques o influents en altres àmbits. Aquell sol home, Hitler, que aleshores pronunciava els seus discursos exclusivament a les cerveseries bavareses, no podia haver organitzat i proveït aquells milers de marrecs fins a convertir-los en un aparell tan car».

Alhora, és conscient també que no se'l prenen prou seriosament. «Però encara no ens adonàvem del perill. Els pocs escriptors que s'havien pres la pena de llegir de debò el llibre de Hitler, en comptes d'analitzar-ne el programa es burlaven de l'ampul·lositat de la seva prosa pedestre i avorrida». I més endavant, apunta que «l'acció més genial de Hitler va ser aquesta tàctica de temptejar el terreny a poc a poc i anar augmentant cada vegada més la seva pressió sobre una Europa cada cop més dèbil moralment».

A *El món d'ahir* Zweig no només parla de guerra i política. Parla molt de les ciutats on viatja, de la gent que coneix (escriptors, intel·lectuals, artistes), de literatura i passió per escriure. Dels seus articles i novel·les. De com afecta la vida política al seu ofici. I de com combina la seva vida de cada dia amb uns esdeveniments que van marcar l'Europa (i el món) de la primera meitat del segle XX. I, per tant, narra com la vida conviu amb l'horror. Zweig proposa una mirada propera i humana a episodis que ara ja formen part de l'imaginari col·lectiu sobre Europa i als quals ens hem acostat a través dels llibres d'història i de pel·lícules o novel·les, però no des d'aquesta proximitat.

És molt útil entendre la diferència abismal entre l'inici de la Primera i la Segona Guerra Mundial a través de la manera com Zweig narra el canvi. Com és capaç de transmetre la gravetat i transcendència del que està a punt de començar, just a les últimes pàgines del llibre, mentre descriu el dia que feia a Londres quan esclata la guerra. O com de bonic, blau i assolellat era el cel d'Anglaterra l'agost del 39, preàmbul de l'inici del conflicte bèl·lic. I l'element quotidià, que et fa connectar amb la (seva) història: com s'assabenta de la invasió d'Alemanya a Polònia mentre és al registre civil de Londres per casar-se. I un cop ho sap, és capaç de traslladar-nos als carrers de Londres, que ell es mira desconcertat perquè la gent camina tranquil·lament pel carrer, perquè ell ja sap que ha començat la guerra i la gent potser no. «Què diferent d'aquells dies de juliol de 1914» perquè ara «ja sabíem què volia dir la guerra», afirma.

Ara encetem l'hivern del 2018 i el món continua immers en el debat de la seguretat i la regressió en les llibertats individuals i col·lectives. Ens hem acostumat a veure agents patrullant amb armes llargues les principals capitals europees. El fantasma de l'odi i la xenofòbia fa temps que recorre Europa i amenaça en créixer encara més. Vivim temps difícils. Torna a ser un bon hivern per rellegir *El món d'ahir* i intentar entendre d'on venim. Per poder mirar endavant i combatre uns fantasmes a Europa que potser no han desaparegut del tot.

PLACER

CÓMO ODIAR A UN NIÑO

He de reconocer que mi desconocimiento sobre Stefan Zweig era mayúsculo antes de su placerificación. No me rodearé de excusas: cada cual carga con su propia mochila, y en la mía estaba esto. Ya me he quitado ese peso de encima y, además, puedo decir que he descubierto a un gran autor. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con un cuentista de este nivel. Las reseñas sobre él alaban la forma en la que construye sus personajes: están en lo cierto, afirmo.

Tras echar una mirada a su bibliografía y sondear posibilidades, me hice con un volumen de *Calidoscopio*, antología de cuentos publicada en 1936 que reúne algunos relatos ya publicados con anterioridad. Libro, por cierto, descatalogado, y que he podido leer gracias a las bibliotecas. La traducción nos lleva a un castellano algo desfasado pero muy certero, como probablemente sea el alemán de los originales. La edición que yo he leído es de 1984, con *copyright* de 1960. He encontrado en Internet alguna edición de 1945, pero desconozco si la traducción es la misma o no. Y sí, no puedo evitar mirar estas cosas cuando me enfrento a un libro con solera.

«Maldito Zweig, me has hecho odiar a un niño», es lo que le diría si tuviera la oportunidad de decirle una sola frase. Él me lo agradecería y sonreiría con la mirada tímida, desviándola, porque sentiría la vergüenza y el rubor de los escritores complacidos por el efecto de su obra. Quizá no haya sido su intención, pues los personajes no siempre caen igual a todos los lectores, pero el maldito niño de *Ardiente secreto* se me atravesó muy pronto. En este relato se narra el *affair* (sí, uso galicismos, cosa que está *demodé* (esta última palabra sí que viene en el diccionario de la RAE), pero me da igual) de un barón y de una esposa de la alta sociedad que se encuentran en un lugar de vacaciones. La mujer es madre de Edgar, para mí «el niño odioso». Edgar sería una suerte de niño hiperactivo a través del cual el barón se acerca a su madre. El niño, al verse desplazado, muta en un perfecto h. de p. que boicotea el asunto todo lo que puede y más. Es un niño y no entiende lo que pasa, pero algo se huele. Lo normal sería empatizar con él, pero yo lo hago con los adultos de moral relajada que ven su libre albedrío boicoteado. No me juzguen, yo no soy así: la culpa es de Zweig.

Un personaje que me ha impactado sobremanera es Crescencia, quien se transforma en Leporella en el cuento titulado *Leporella*. Ella es una sirvienta cuya descripción inicial nos hace considerarla poco menos que un trozo de carne con ojos que vive por inercia. Frío, tajante y cruel en sus descripciones, Zweig nos retrata a este monstruo con patas que puede desatar compasión y pena todo lo más. Si les despierta algo más, ustedes están enfermos. Lo que menos se imagina el lector es que, tras cuarenta y tantos años de existencia anodina, la mujer resulta ser humana y se enamora de su amo, derivando en una transformación a un nuevo ser que vivirá intensamente emociones hasta ahora desconocidas y la llevarán a realizar acciones viles. Bravo de nuevo, Zweig; cuando sea rico, no contrataré servicio.

Se observan temáticas recurrentes en los cuentos de Zweig. Me llama la atención la presencia constante de la pobreza. En *Conocimiento casual de un oficio*, el protagonista persigue a un hombre que resulta ser carterista. Las reflexiones sobre qué lleva al ladrón a tal ocupación ponen de manifiesto la existencia de la carestía y sus consecuencias. De la censura inicial se pasa a la compasión. En *Leporella*, la protagonista proviene de un entorno deprimido. En este caso la pobreza entronca con la ignorancia y la maldad. *Miedo* narra la historia de un engaño de una esposa de la alta sociedad que se ve chantajeada por un ser de baja estofa y que juega un rol ruin y mezquino: la pobreza vuelve a servir de excusa para ser malvado, aunque esta historia tiene un giro que puede deshacer esta afirmación, pero no seré yo quien haga *spoiler* (¿ven?, también sé usar anglicismos). En *La institutriz* se podría ver reflejada la pobreza de una manera más sutil, pues el rol de la institutriz de por sí ya marca una diferenciación de clase social; en este caso, el asunto que protagoniza la institutriz hubiera tenido diferentes consecuencias si ella hubiera pertenecido a otro estrato social. En *La colección imposible* se afronta la pobreza desde otro punto de vista: nadie está libre de ella. Sin desvelar lo importante, en esta historia se toma la pobreza como una cuestión que puede avergonzar si se viene de una posición desahogada: cuestión de honor. Quizá la gran epopeya sobre la pobreza sea *La noche fantástica*, donde se narran las vivencias de un ricachón de vida cómoda y plana que despierta de su letargo egoísta tras compartir un par de horas con la gente llana, con el pueblo, o populacho (traducción libre), según describe en su oscilante narración, y le hace ser mejor persona, *grosso modo*. La oscura y curiosa narración *La calle del claro de luna* tiene como protagonista a un avaro hombre cuyos males tienen como origen su mezquindad (es un maltratador) y el dinero.

El drama de la pobreza se hace evidente en un período tan convulso como lo son los primeros años del siglo XX en Europa, con la guerra pululando como telón de fondo. De ahí que el otro gran tema sea la guerra y sus consecuencias, como se ve en *Buchmendel*, una surrealista historia de alguien cuyo error fue estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y sufrir las consecuencias de un conflicto bélico que le era totalmente ajeno, en el cual, por cierto, la señora Sporschil, personaje secundario, vuelve a ser el espejo de la pobre e ignorante; menos mal que en este caso tiene buen corazón. La descripción del señor Mendel, el protagonista, es digna de alabanza. *El refugiado* también sería una historia de pobreza, quizá más de clase social, pues el protagonista, que se encuentra de pronto en un país del que desconoce todo, muestra la ignorancia de muchos de los que fueron obligados a combatir y arrancados de su existencia sin más explicación; una historia espeluznante sobre las consecuencias de la guerra. *La colección imposible* también narra las consecuencias de la guerra en forma de inflación. Con la perspectiva que otorga el trágico final de Zweig, se entiende la sensibilidad de este autor ante las amenazas que representaba el conflicto que asolaba Europa.

Es indudable que Zweig conocía bien la vida acomodada. Muchos protagonistas son señoritos ricos que tienen la vida resuelta: esto pasa en *Leporella*, *Miedo*, *Ardiente secreto* o *Noche fantástica*.

Es curioso cómo difiere el tema de las infidelidades o anhelos amorosos según los contextos: en *Leporella*, para el señor de la casa pasa sin mayores problemas morales; en cambio, la sirvienta se encuentra sin posibilidad de consumar. En *Ardiente deseo*, el barón se siente legitimado, pese al maldito niño; sin embargo, de la dama se dan más explicaciones. En *Miedo*, la señora recibe un doble castigo por su infidelidad, ¿asoma por aquí la sombra del machismo? En *La institutriz* es determinante la clase social para que quienes reciban las consecuencias sean los de siempre, es decir, los pobres; y *En la calle del claro de luna* tenemos el rol del maltratador en su máxima expresión. Hay dos relatos que tratan sobre la pérdida de la niñez: *Ardiente secreto* y *La institutriz*. Qué le llevaría a Zweig a tratar este tema lo desconozco, pero, como me gusta especular, no puedo descartar que en una época tan plagada de conflictos, no solo él mismo sino también otros que lo rodeaban, se vieran sacados/privados de su niñez debido a repentinos sucesos que cambiarían sus vidas para siempre.

Después de *Calidoscopio*, me he aventurado a leer la nombrada *Carta de una desconocida* y *Amok*, reunidos en un volumen titulado *Carta de una desconocida* que también incluye *Una noche fantástica* y *Terrible secreto*. La primera construye un personaje con mayúsculas (otro más): donde algunos verán una historia de amor, yo veo una historia de obsesión. Se podría trazar un perfil psicológico de la protagonista que nos llevaría a patologías que quizá en la época de redacción del relato no tenían nombre. La contraparte es otro señorito de vida relajada, del tipo de los que Zweig es capaz de clonar con los ojos cerrados. *Amok* es otra historia sobre obsesión (de un hombre hacia una mujer), de lucha de egos y clase social y también de soledad. Enmarcada en un entorno discordante con el grueso de las narraciones de Zweig, las reflexiones son tan protagonistas como los hechos.

Ya saben, queridos lectores: si quieren odiar a un niño, despreciar a una sirvienta o plantearse la moral de los señoritos sin oficio ni beneficio, Zweig tiene una gran colección de propuestas que los sacará de su zona de confort.

JAQUE MATE ESTELAR

El detective está apurando la última calada del Lucky sin filtro cuando recibe la llamada. De inmediato se pone en marcha y veinte minutos más tarde ya está en la escena del supuesto delito. Su subordinado lo recibe en la zona acordonada, fuera del edificio, y, mientras se dirigen al apartamento con paso rápido, le va dando el parte de la investigación: «Hombre joven. No más de veinticinco años. Tendido en la cama en posición supina. Vestido con corbata oscura perfectamente anudada. En su rostro, una profunda expresión de odio. Aparentemente ningún signo de violencia. El dormitorio, absolutamente ordenado. Sobre la mesilla, una nota con la frase: "Para ser un diletante, este señor poseía realmente un talento bien poco común". Justo al lado, un pequeño frasco vacío. Los de la científica han confirmado que se trata de un potente veneno».

*

Fritz, en aquel momento mucho más concentrado sobre el tablero, empezó a sudar. Analizaba combinaciones al tiempo que observaba a su contrincante, que, con piezas blancas, acababa de realizar un sacrificio de dama en h7. En su semblante, en el que, hasta ese instante, únicamente se habían combinado signos de desprecio y superioridad, empezaron a asomar las primeras muestras de pánico. Había dejado de girar con la mano izquierda las caras del rompecabezas de colores que siempre lo acompañaba. El público se había concentrado en su totalidad alrededor del tablero. Las cinco mesas restantes parecían inexistentes. Al campeón mundial cadete austríaco le hervía la sangre. Después de una última mirada al tablero, se abalanzó veloz sobre su contrincante y lo empezó a golpear en la cabeza con el cubo que sostenía en las manos. La reacción del público, aunque rápida, no impidió el reguero de sangre que ya corría por la cara del otro muchacho. Fritz, ya inmovilizado en el suelo y con las sienes a punto de explotar, mantenía una mirada de profundo odio hacia todos y cada uno de sus once oponentes.

*

Suena el teléfono al mismo tiempo que el temporizador: «Jefe, la científica apunta a un más que probable suicidio por ingestión del veneno que encontramos en la mesita de noche. Han confirmado que el cuerpo no presenta ningún signo de violencia y que, tanto en el frasco como en todo el piso, solo han hallado las huellas dactilares del difunto». Mientras tira del auricular del teléfono, haciendo maniobras para mantenerlo pegado a la oreja, consigue extraer del horno la tarta Sacher que estaba preparando. «He hablado con los de documentación y archivo sobre la nota y han averiguado que se trata de una frase que aparece al final del relato *Novela de ajedrez* de nuestro ilustrísimo autor Stefan Zweig, que, por cierto, también se suicidó. El tal Fritz se dedicaba a los libros, tenía una pequeña editorial. Intuyo, jefe, que estamos ante un chiflado en toda regla».

*

Los libros habían sido su tabla de salvación en el reformatorio. Era la única actividad lúdica que se permitía a los internos. Muy pronto empezó a devorar todo tipo de literatura, hallando el placer en géneros y subgéneros muy diversos: los cuentos fantásticos de Borges, el realismo ruso, la generación *beat*, la literatura del absurdo, la novela negra, la narrativa japonesa de mediados de siglo, el modernismo anglosajón, el simbolismo francés, las novelas de ciencia ficción ciberpunk... Aunque dominaba su cuerpo, su alma ardía, alimentada por el odio. Fue allí, entre libros y esa ira interior que, aunque era capaz de disimular, hervía como un auténtico volcán, donde concibió la idea. Sería su mejor partida. Doce jugadas maestras que pasarían a la posteridad.

*

El tocadiscos reproduce el aria *La reina de la noche* cuando el timbre del teléfono golpea de nuevo: «Jefe, menudo puzle tenemos entre manos. Anteayer registramos la editorial de arriba abajo. Y otro dato curioso: hemos averiguado que su última publicación había sido un coleccionable trimestral con el título *Doce momentos estelares de la literatura*. Y jefe, ¿cuál diría que es el último título del coleccionable?... *Novela de ajedrez*. Ayer, cuando repasaba con curiosidad el resto de títulos del coleccionable, recordé que los vecinos habían declarado que el tal Fritz viajaba con bastante frecuencia, y tuve un extraño presentimiento. Lo comprendí todo cuando fui a la oficina y recuperé unos télex recibidos de distintas oficinas de la Interpol en los últimos meses».

*

Colocó el pequeño frasco encima de la mesita de noche.

Mientras preparaba su última gran jugada, recordó la primera de ellas, allí en Buenos Aires. Había esperado pacientemente a que finalizaran las partidas. Luego siguió al jugador argentino hasta que una callejuela oscura le brindó la oportunidad que esperaba. Le sudaban las manos. El corazón le latía furiosamente. Una simple soga y su fuerte complexión fueron más que suficientes para estrangular con rapidez a su víctima. Y, con la excitación recorriendo todo su cuerpo, el remate de su actuación, la nota depositada encima del pecho: «¿Existe ese Aleph en lo íntimo de una piedra?».

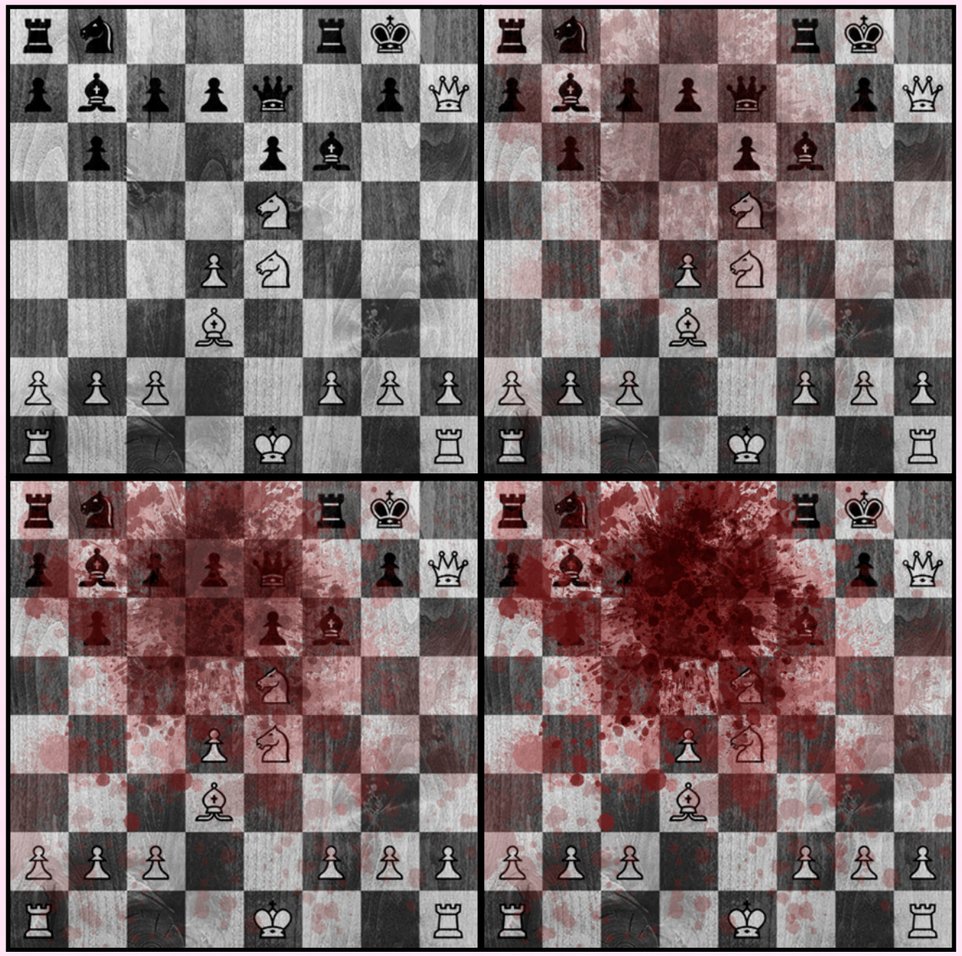
Cogió una cuartilla del escritorio y se dispuso a escribir la última nota.

Las diez jugadas restantes las había ejecutado con la misma minuciosidad y determinación. Solo en Japón se había visto sorprendido por una dificultad inesperada. Quién se iba a imaginar que un jugador de ajedrez sabría algo de artes marciales, por más japonés que fuese.

Destapó el pequeño frasco, ingirió el líquido con un sorbo rápido y lo ubicó nuevamente con precisión sobre la mesita.

Recordó a los rusos y lo invadió un gran placer. Había revivido, con profunda satisfacción, y por partida doble, el fuerte odio que ya les profesaba desde su época de campeón cadete.

Ya sin fuerzas y con las últimas bocanadas de aire, se le apareció una nítida visión de las sesenta y cuatro casillas con las piezas blancas dispuestas en posición de ataque. Una vez más, la maldita partida, sin tregua, irrumpiendo en su camino hacia el descanso eterno. Inesperado sacrificio de dama en h7 y se inicia una danza letal de jaques en la que caballos, peones, alfil y torre se relevan acompasadamente. Cuando visualizó la última jugada, el inevitable jaque mate, espiró su último hálito de vida y una expresión de odio inmenso inundó todo su rostro.



INTOXICACIÓN POR AJEDREZ

«... los nacionalsocialistas, mucho antes de empezar a armar sus ejércitos contra el mundo
entero, se habían ocupado de organizar un ejército no menos peligroso
y eficaz en todos los países vecinos:
La legión de los relegados, de los humillados, de los resentidos.
En cada oficina, cada empresa, se habían infiltrado w que ellos llamaban "células"...»
«... aquel estado en el que me encontraba había llegado a constituir
una forma claramente patológica de sobreestimulación,
para la que no sabría encontrar mejor nombre que el de "intoxicación por ajedrez"...»

Novela de ajedrez, Stefan Zweig

Ya se huele de lejos, sin tapujos,
la estrategia de tiempos pasados,
la libertad del artista se muere
en manos del censor,
ya se secuestran libros,
títeres maniatados,
canciones amordazadas en la prisión
que levantan impunes
disfrazados de demócratas puros
que miran por nuestra "seguridad".
Tiempos de no pensar,
más allá del dictador
no hay cabida para quien no juega
dentro de su tablero
atado, bien atado,
del viejo ajedrez que han rescatado
de horrores que de nuestra memoria
han jugado a borrar.
Ya es momento de alzar las voces
ante su inminente jaque mate:
preferir comerse, una a una,
todas las piezas de su engranaje
a morir sin ser libre;
del peón al rey serán engullidos
aunque nuestro cuerpo no asimile
esta intoxicación por ajedrez.

NOUVELLES

LA LISTA

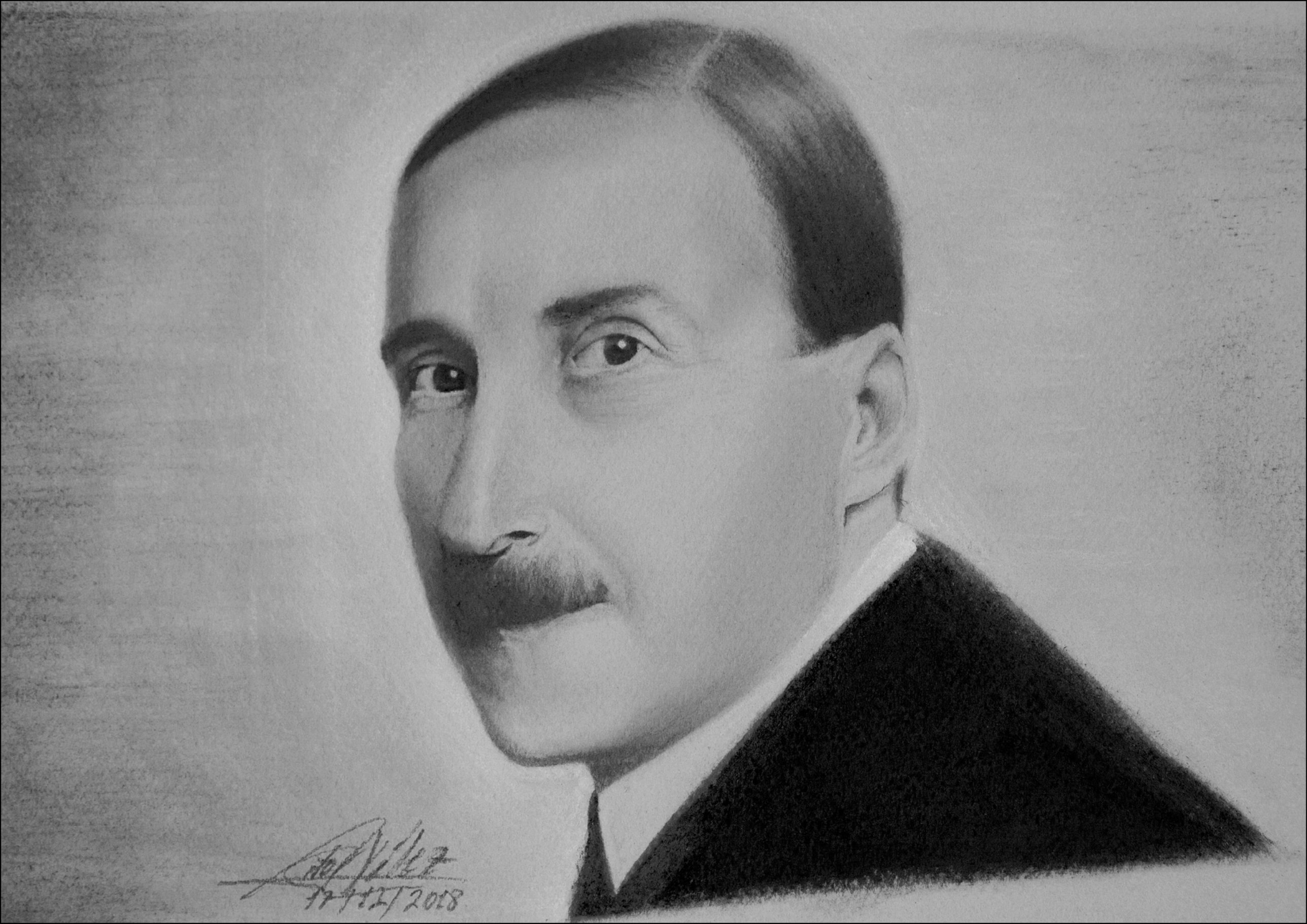
Creo recordar que fue en la autobiografía inacabada de García Márquez donde reflexionaba que el cuento es una forma de prosa más cercana a la poesía, mientras que la novela se acerca al reportaje periodístico. Salvando las innumerable excepciones de un género tan maleable como la novela, estoy más o menos de acuerdo. Pero entonces, ¿dónde queda la *nouvelle*? Siempre me ha gustado este término francés para la novela corta. Siempre me han gustado las novelas cortas. Corren por ahí varias definiciones de la misma, yo las simplificaría contextualmente: las novelas que te puedes leer en una, como mucho un par de tardes. El cuento o relato corto me satisface en la medida que me turba. En cuanto a novelones, qué les voy a contar, durante una época quería que fueran lo más largas posible, y cuando iba llegando el final iba ralentizando el momento de acabarla... ¡Pero oh, la alegría que te ofrece una buena novela corta leída de uno o dos tirones! ¡Esa redondez de la novela captada y empaquetada magistralmente en pocas páginas! ¡Y la sensación de obtener la mejor calidad/tiempo, tan acorde con nuestro tiempo!

Resulta que Zweig* es uno de los grandes de la *nouvelle*. Por lo tanto, he pensado que si hago una lista de novelas cortas por orden alfabético de autor, las suyas quedarán las últimas... De paso aprovecho para hacer una lista (a todo el mundo le gustan las listas) que seguro que alguna librera me agradece. Vaya por delante que no hay otro criterio de elección que mi pobre memoria de lector, ni de orden que el alfabético, así que si ha quedado un poco ecléctica, lo único que puedo decir en mi descargo que me han salido cincuenta y tres, lo que garantiza (repito: garantiza) disfrute para todos los domingos por la tarde de un año completo; más uno de regalo.

1. *Seda* (Alessandro Baricco)
2. *La invención de Morel* (Adolfo Bioy Casares)
3. *El pan de los años mozos* (Heinrich Böll)
4. *An education* (Lynn Barber)
5. *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* (Roberto Bolaño)
6. *El extranjero* (Albert Camus)
7. *El adversario* (Emmanuelle Carrère)
8. *Desayuno en Tiffany's* (Truman Capote)
9. *El perseguidor* (Julio Cortázar)
10. *Noches blancas* (Fiódor Dostoievski)
11. *El amante* (Marguerite Duras)
12. *El coronel no tiene quien le escriba* (Gabriel García Márquez)
13. *El tercer hombre* (Graham Greene)
14. *El viejo y el mar* (Ernest Hemingway)
15. *Siddharta* (Hermann Hesse)
16. *La metamorfosis* (Franz Kafka)
17. *Verde agua* (Maria Madieri)
18. *La muerte en Venecia* (Thomas Mann)
19. *El último encuentro* (Sandor Marai)
20. *Teniente bravo* (Juán Marsé)
21. *Chesil Beach* (Ian McEwan)
22. *Bartleby el escribiente* (Melville)
23. *El rumor del oleaje* (Mishima)
24. *Para que no te pierdas en el barrio* (Patrick Modiano)

25. *Agostino* (Alberto Moravia)
26. *Una espia a la casa de l'amor* (Anaïs Nin)
27. *Una forma de vida* (Amélie Nothomb)
28. *Rebelión en la granja* (George Orwell)
29. *La playa* (Cesare Pavese)
30. *Tocats pel foc* (Manuel de Pedrolo)
31. *Plata quemada* (Ricardo Piglia)
32. *Las soldadesas* (Ugo Pirro)
33. *Babilonia* (Yasmina Reza)
34. *Te deix, amor, la mar com a penyora* (Carme Riera)
35. *Némesis* (Philip Roth)
36. *Pedro Páramo* (Juan Rulfo)
37. *El túnel* (Ernesto Sábato)
38. *Réquiem por un campesino español* (Ramón J. Sender)
39. *El extraño caso del doctor Jekill y el señor Hyde* (Robert Louis Stevenson)
40. *Hôzuki, la librería de Mitsuko* (Aki Shimazaki)
41. *Levantad, carpinteros, la viga del tejado* (J. D. Salinger)
42. *Un viejo que leía novelas de amor* (Luis Sepúlveda)
43. *El cartero de Neruda* (Antonio Skármeta)
44. *Un día en la vida de Iván Denísovich* (Aleksandr Solzhenitsyn)
45. *La perla* (John Steinbeck)
46. *La muerte de Ivan Illich* (León Tolstoi)
47. *Escupirá sobre vuestra tumba* (Boris Vian)
48. *Asesinato en Prado del Rey* (Manuel Vázquez Montalbán)
49. *Un hombre oscuro* (Margarite Yourcenar)
50. *Carta de una desconocida* (Stefan Zweig)
51. *Miedo* (Stefan Zweig)
52. *Novela de ajedrez* (Stefan Zweig)
53. *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* (Stefan Zweig)

*Como anteriormente he sido acusado de tocar de forma muy tangencial al autor sobre el que versa el correspondiente número de Placer, y como leyendo la introducción a la lista me he dado cuenta que estoy en plan coloquial, para dar un poquito más de peso a mi aportación, aquí va un apunte gratuito sobre Stefan Zweig (iba a escribir «sobre el bueno de Stefan», pero solo el Consejo Editorial tiene la capacidad de emplear un tono tan desenfadado sin enrojecer): Zweig era un señor conservador que escribía muy bien y que contaba con el reconocimiento de sus coetáneos. Resulta que bajo esa definición en Catalunya me sale Josep Pla, y mira por dónde, he pensado que la comparación no me parece mal del todo, y aquí la dejo para ser tenida en cuenta o desechada por el lector sin darle mucha importancia.


11/11/2018

CARTAS DE UN PRESO DESCONOCIDO

1. Un *pack* de seis nunca llega. Lo sabes. Lo sé. Lo sabemos. Pero callamos como perras cuando ellas lo compran. Las flexiones con los nudillos se pueden hacer en dos posiciones: a) con los codos separados del torso; b) con los codos pegados al torso. En ambas posiciones se trabajan grupos musculares diferentes. En ambas posiciones se fortalecen los nudillos. Los nudillos importantes para golpear son los del dedo índice y el dedo corazón. Con ellos debemos golpear. A ver, no debemos golpear. Si no queda más remedio lo hacemos con los nudillos del dedo índice y del dedo corazón. En una zona vulnerable. En la mandíbula. En la nariz. Más arriba se rompe la mano. Piedra gana a papel.

2. No me conoces pero fui tu vecino. Cuando era joven robé tus bragas del cesto de ropa sucia. Habías trabajado todo el día en el hospital. Fue mi primera experiencia interactiva. La segunda fue con la máquina de tarjetas del metro. La tercera con tu sobrina cuando se quedó en casa. La cuarta con la paella de tu marido. La paella era un simbionte como Venom. Después de interactuar con tus bragas escribí un poema. En una libreta granate. Tu sobrina me propuso hacer el amor pero yo estaba borracho. Se frotó con un cojín la entrepierna. Meé en una maceta del balcón y me fui a dormir. La libreta era de tapas granate y espiral metálica. Espiaba tu ingle debajo del agua de la piscina. Lo hacía con gafas de buceo. Tu ingle depilada y cuando te girabas el trasero. Tu marido, menudo cornudo virtual. Menudo lobotomizado. Lobotomizado con un picahielos. Lobotomizado al estilo de la vieja escuela. Con un picahielos introducido por la comisura del ojo. Lobotomizado especialista en paellas. Todos los adolescentes del mundo interactuando virtualmente con su mujer. La enfermera de las bragas sudadas. Esa eras tú. El monstruo de los dulces olores. Cuanto más trabajas más hueles. Lo saben todos. Cuanto menos trabajo menos huelo. Allí estaba la máquina de escribir eléctrica. Yo tecleaba mis horrores.

3. Siempre quise ser filósofo. Dar lecciones a la gente. Dar lecciones sin saber nada. Entonces apareciste y aprendí de ti. Eras filósofa. Hoy en día me suena ridículo. Incluso más que ser poeta. Dar lecciones a la gente presuponiendo que no saben nada. Dar lecciones presuponiendo que tú sabes. Ese hecho fundamentado por un trozo de papel. Un trozo de papel emitido por la Universidad. Certificado por el Rey Juan Carlos I. Es ridículo a todas luces. Pues bien, aprendí de ti a dar lecciones. Aprendí de ti a echar a los amantes a la calle. Aprendí a echarlos de madrugada. Aprendí a no proporcionarles un lecho. También me enseñaste a insultar. Eres una rata venenosa. Eres una rata inmunda. Eres una rata insignificante. Para mí significas mucho. Para el mundo no significas nada.

4. Siempre quise tener un *six pack*, ser un hombre alfa, tener un *six pack* infinito. Tú no lo sabías pero hoy ha subido la avenida un hombre con leotardos negros, auriculares enormes y sin camiseta: hacía *running*. La civilización colapsa, Zweig pensaba que los nazis triunfarían, fueron vencidos, la civilización colapsará por los gilipollas. Es de estúpidos escuchar a Wagner cuando puedes escuchar a The Clash. Yo escuchaba a The Clash y me compré un *pack* de seis helados, dos *packs* de seis helados. Me atendió un pakistaní. Tres *packs* de seis helados. Un *pack* de seis infinito.

5. Eras la princesa del Liceo con tu bolso de Vuitton. Pero yo te olí el viernes a la noche. Escuchando a los Toy Dolls aún tenía tu olor en las fosas. Eras una princesa. Aprenderé, en este orden, alemán, egipcio clásico, hierático, demótico y copto. Después descifraré lo que pone en el puto obelisco que hay detrás de ti en la foto. Pero antes beberé dos jarras de cerveza: ¡ese hombre bien merece no una jarra, sino dos! Así clamaban los compañeros en el patio haciendo una especie de túnel por el que pasaba mientras me hostiaban. En fin, vimos el Barça y casi amé a Luis Suárez como amo a Hristo Stoichkov. Nunca podré amarte como amo a Hristo Stoichkov. Me desconciertas tanto y mi brutalidad se vuelve torpe al olerte.

Eres una princesa y mis amigos sangran por la nariz al hacer *sparring*. Ese es su honor. Sangran por la nariz y piensan que así debe ser. Tus amigos sangran por la nariz en el reservado y ese es su deshonor. De cualquier modo, nadie debe dejarte ver todo eso. Solo escuchar Wagner. Solo debes escuchar Wagner y pisarme los huevos con las putas Nike que yo nunca podré comprar. Te respeto, no hay problema: ¿ves cómo las lamo?

TUTTO NEL MONDO È BURLA

—¡Tutto nel mondo è burla! ¡Tutto nel mondo è burla!
Rafael se pasa las horas tendido en el suelo de la celda cantando, imaginando, recordando, la mayoría de las veces en voz alta, para tratar de atemperar su soledad podría decirse que las dos visitas que había tenido en anteriores jornadas le dan esperanza, pero a la vez le generan la ansiedad de esperar una tercera que parece no llegar nunca.
—¡Carcelero, sé que estás ahí! Carcelero, carcelero, que te estoy viendo el plumero.
Silencio.
—¿Sabes?, ¿sabes una cosa, carcelero? Mi padre me contaba, cuando era pequeño la historia del tío Juan. El tío Juan era un hombre muy trabajador, carcelero, no como tú o como yo, que nos pasamos el día aquí sentados sin siquiera mediar palabra. El tío Juan se iba al monte con la azada y la bota de vino; mientras le duraba el vino, trabajaba sin parar. En una ocasión, se puso a hacer un hoyo para plantar un olivo; pues bien, hizo un hoyo tan grande que, cuando quiso darse cuenta, seguramente porque se acababa el vino, resulta que no podía salir. Sabes, carcelero, no podía salir del agujero que él mismo había cavado; tuvo que esperar a que lo echaran de menos en su casa para que salieran a buscarlo al monte, y finalmente lo encontraron allá abajo, en el fondo del hoyo.
Silencio.
—¡Carcelerooo! Tú eres bético, ¿verdad? Seguro que sí, no puedes ser otra cosa. Pues que sepas una cosa: dentro de poco, además de idiota, serás de segunda. Ya debe quedar poco para que acabe la liga, y espero que descendáis, para no volver nunca más a primera, los béticos sois de segunda y lo sabes. ¡Y Sevilla, Sevilla, Sevilla, sevillista seré hasta muerte!
Silencio.
—Carcelero, tú me estás viendo ¿verdad?, tú no me dices nada, pero me ves, tienes una cámara y me ves, ¿por qué no te muestras y me dices algo? Insúltame si quieres, ¿tienes miedo? ¿crees que te arrancaré los ojos si te alcanzo?, no te haré nada, soy más inofensivo de lo que crees. ¿Conoces la Alpujarra? Dicen que allí, hace bastantes años, en uno de sus pueblos, vivía una mujer ya algo mayor con una curiosa afición. ¡Oh, querido carcelero! ahora mismo sé que estás deseando que cuente cuál era esa afición. Para que veas que soy buena persona, te la contaré: aquella buena mujer se dedicaba, desinteresadamente, a ordeñar a los paisanos que se acercaban por su casa al regresar de las labores en el campo, hasta que los sucesos llegaron a oídos del cura de la población. El sacerdote, incrédulo, decidió ir a comprobar él mismo aquellos comentarios que le habían llegado. Sobra decir, querido carcelero, que en la visita el religioso tuvo una eyaculación descomunal que satisfizo gratamente a ambos. Pero, cuando llegó el domingo, en el sermón de la misa, delató a la dama y exigió a los numerosos feligreses que esta fuera desterrada y que se le impidiera volver por el pueblo para siempre. Esa misma tarde, en una de las eras, fue hallado el cadáver del religioso, degollado y con los genitales seccionados. Nadie supo nunca quién había hecho aquello.
Silencio.
Rafael da vueltas por la celda, sin parar y sin sentido, con la ilusión de estar hablándole a alguien; el tiempo no pasa, pero no para, el tiempo no para y se pierde para Rafael entre aquellas paredes. El recuerdo, los recuerdos son el único refugio para Rafael; retroceder en el tiempo hasta donde su mente le permita para revivir acontecimientos pasados es la única manera de sentir algún rato de vida, con la sensación de que aquella situación en la que se encuentra debe ser lo más parecido a la muerte en la que se ha sentido nunca, pero una muerte sin descanso. A veces opta por masturbarse, otras por hacerse daño; tanto el dolor como el placer resultan dos formas de sentirse vivo. ¿Quién sabe si en caso de autolesionarse sería trasladado a la enfermería? Pero no se fía; en cierta ocasión se puso a dar gritos como si le ocurriera algo grave, pero sus alaridos rebotaron contra su mente sin obtener ninguna respuesta. El boicot al que está siendo sometido por los funcionarios para vengar su comportamiento está dando sus frutos. Rafael lo sabe, pero no se arrepiente de nada; la injusticia debe ser vengada y así piensa seguir. Rafael se siente orgulloso de los actos que ha cometido en su vida. ¿Quién coño es el juez que insiste tanto en su aislamiento? ¿Volverá a ver al Padre Ángel? ¿Y a Amalia? ¿Por qué vino esa muchacha? Sabe que su mujer no vendrá nunca a verlo; tal vez algún día debería explicar por qué acabó con Antonio.
—¡Tutto nel mondo è burla! ¡Tutto nel mondo è burla!

PLACER

PARA(LA)BOLA

Hace muchos, muchos años, cuando los mares aún no separaban los continentes y el hombre era poco más que un mono recién descendido de los árboles, una tribu empezó a balbucear una incipiente forma de lenguaje. Esa tribu se estableció en un fértil valle y, en poco tiempo, prosperó de forma notable, gracias, sobre todo, a su temprano dominio del lenguaje: con él, aquellos individuos más inteligentes y persuasivos pasaron a liderar el grupo cuando, hasta entonces, siempre lo habían hecho los individuos de mayor fuerza física. La lógica y el razonamiento empezaban a imponerse a la fuerza bruta y la violencia.

PLACER

Con el tiempo, al no haber desarrollado todavía habilidades como la agricultura, llegó un momento en que los recursos del valle empezaron a resultar insuficientes para satisfacer las necesidades de una población cada vez más numerosa. Se debatió entonces cuál sería la mejor estrategia a seguir, y se plantearon dos opciones. Uno de los líderes, el más fuerte físicamente, propuso partir en línea recta en busca de tierras más cálidas y, era de esperar, más ricas. Otro líder, en cambio, sostenía que confiar solo en la resistencia física no era una buena opción. Según él, las posibilidades de éxito eran mayores si se dividían en pequeños grupos y rastreaban de forma aleatoria las tierras más cercanas al valle en el que habían sobrevivido hasta entonces; sin duda, darían con uno semejante.

Las discusiones fueron arduas y la enemistad entre los dos líderes llegó al terreno físico en no pocas ocasiones. Los demás integrantes de la tribu, por su parte, estaban cada vez más inquietos y atemorizados; sin saber a quién dar la razón, ni a quién seguir. Sin embargo, con el paso de los meses y los primeros episodios de hambruna, cada individuo paulatinamente fue dejando de lado sus dudas y titubeos y decidió seguir las directrices de uno de los líderes; más por cuestiones de consanguineidad o afinidad emocional que por convencimiento. La división en el seno de la tribu era cada vez más evidente.

Finalmente, la fractura definitiva se produjo y unos partieron hacia el sur, mientras que los otros, organizados en pequeños grupos, iniciaron la exploración de las tierras vecinas. En el valle solo quedó una joven pareja que rehusó adherirse a ninguna de las dos facciones. Durante meses, con el desparpajo y la firmeza que con tanta frecuencia suelen acompañar a la juventud, los dos jóvenes defendieron la posibilidad de buscar una forma alternativa de organizar el grupo, así como de intentar repartir de manera más provechosa las tareas de cada individuo y reflexionar sobre la posibilidad de modificar los hábitos de consumo, recolección y almacenaje de los frutos (y también de las presas de caza). Con todo ello, sostenían, el valle continuaría siendo un buen lugar en el que vivir.

A pesar de que defendieron esta opción con ahínco y que se reunieron con los dos líderes numerosas veces, estos no quisieron saber nada de su propuesta y dieron orden de reprender rápidamente a aquellos que se acercasen a escuchar a esos jóvenes, carentes de juicio y del debido respeto hacia sus mayores. A medida que la situación en el valle se iba radicalizando, el descrédito de los dos jóvenes fue en aumento. Finalmente, en el momento de la partida de los dos grupos, la pareja, al mantenerse firme en su decisión de permanecer en el valle, tuvo que soportar los reproches y vituperios de uno y otro bando. Para los que decidieron marchar lejos, no eran más que unos cobardes y resignados, mientras que el otro grupo los acusaba de vagancia y conformismo. En lo que sí coincidieron ambos fue en reprocharles su deslealtad e insolidaridad.

Pasó el tiempo, pero ninguno de los dos grupos encontró un lugar en el que establecerse de forma definitiva. En ambos casos, muchos individuos no pudieron resistir la dureza de las condiciones y fallecieron, pero los que subsistieron mantuvieron intacta su fe en los líderes y persistieron en la búsqueda. Es cierto que, en diferentes momentos, algunos individuos sí mostraron su hastío y manifestaron sus dudas sobre la idoneidad de la decisión tomada y la conveniencia o no de seguir manteniendo unas estrategias que, como era cada vez más evidente, parecían condenadas al fracaso. Pero no había lugar para la disidencia; estas voces disonantes eran rápidamente detectadas y silenciadas.

Un día, al cabo de muchos años, cuando la pareja que había decidido no irse ya había fallecido y sus doce hijos e hijas eran unos jóvenes adultos, estos observaron como desde lo alto de la montaña que dominaba el valle surgía un grupo numeroso de individuos e iniciaba el descenso hacia donde ellos se hallaban. Coincidiendo con la llegada de este grupo al recodo del río en que estaba instalada la prolífica familia, de la espesura del bosque vecino irrumpió otro nutrido grupo de visitantes. En el centro de cada comitiva, los individuos más fornidos cargaban sobre sus hombros unos rudimentarios habitáculos de los que descendieron sendos ancianos. El que parecía ser el hermano mayor de los doce vástagos de la pareja rebelde avanzó en dirección a ellos con la intención de entablar conversación.

En un inicio, la comunicación no fue fácil, y los tres interlocutores no conseguían entenderse, pero al cabo de unos pocos minutos, con los ánimos más calmados y prestando la suficiente atención, se dieron cuenta de que podían llegar a comunicarse sin gran dificultad: sus idiomas tenían muchas cosas en común; de hecho, aunque con ligeras variaciones en el acento, casi podía decirse que se trataba de un único idioma. Ese fue un primer indicio. Conforme cada uno fue explicando las experiencias vividas y los relatos que había oído contar a sus padres, no tardaron en darse cuenta de lo evidente: todos ellos eran descendientes de aquella tribu primigenia que había habitado el valle y que, un día, se había dividido en tres.

En ese momento, todos los presentes, tanto los contertulios como los que los rodeaban y escuchaban en

→

respetuoso silencio, experimentaron un sincero y espontáneo sentimiento de alegría y hermandad. Sin embargo, casi simultáneamente y como si de un reflejo se tratase, esa primera reacción se vio mitigada y reprimida por el peso de las historias que cada uno, en función de la facción de la tribu a la que pertenecía, había escuchado, y los prejuicios que, con ello, se había ido formando. Superado ese momento de titubeo, la conversación prosiguió, y el interés se centró entonces en saber cómo y gracias a qué habilidades y astucias había conseguido cada grupo sobrevivir a lo largo de todos esos años. El primero en explicarse, a instancias de los dos ancianos, fue el hijo mayor de aquella pareja que tan criticada había sido.

—Por lo que nos explicaron nuestros padres a lo largo de su vida, todo sucedió de una forma bastante natural; bastó con observar qué habíamos hecho mal hasta entonces e intentar mejorarlo. Así, si nuestros ancestros consumían todo lo que una zona era capaz de suministrarles y luego la abandonaban, nosotros, en cambio, llevamos todos estos años aprendiendo cómo cultivar la tierra y criar animales como las ovejas o las vacas. Con todo aquello que vuestros ancestros dejaron abandonado en el valle en el momento de su partida, primero mis padres, y luego nosotros siguiendo sus enseñanzas, hemos ido fabricando herramientas con las que, a diferencia de lo que se hacía hasta entonces, poder trabajar el campo, plantar semillas y cuidar los árboles y, así, tener siempre comida disponible o por lo menos, en las épocas de nieve, almacenada en el fondo de las cuevas. Pero contadme, ¿cómo habéis conseguido vosotros sobrevivir y llegar hasta aquí?

El siguiente en tomar la palabra fue el anciano que pertenecía al grupo que había descendido de lo alto de la montaña.

—Lo cierto es que nosotros estuvimos a punto de ser extinguidos. Como bien os explicaron vuestros ancestros, partimos buscando tierras fértiles y cálidas, pero allá donde divisábamos un valle o una planicie donde encontrar alimentos, esa tierra ya se hallaba ocupada por otros grupos semejantes al nuestro. Al inicio, con la intención de establecernos en el lugar, lo que intentábamos era sorprenderlos y liquidarlos; pero, cansados y malnutridos como estábamos, cada intento se saldaba con un fracaso y la muerte de muchos de los nuestros. Y así fue hasta que descubrimos, más por necesidad e instinto que por convicción, las virtudes de la humildad y de la negociación sincera. Empezamos a dialogar con las tribus con que nos encontrábamos y aprendimos a solicitar su ayuda y solidaridad cuando la situación lo requería. A partir de ese momento, y casi sin excepción, fuimos recibidos de forma amistosa. En cada valle al que llegábamos, tras oír nuestras explicaciones, se nos trataba de forma hospitalaria y no se nos dejaba proseguir ruta hasta que consideraban que estábamos suficientemente recuperados.

Como señaló a continuación el segundo de los ancianos, las experiencias de los dos grupos que decidieron partir presentaban notables similitudes.

—Nosotros, al inicio, también sufrimos numerosas penurias y cada atardecer, cuando en teoría debíamos reagruparnos en un punto determinado, nos dábamos cuenta de que muchos de nuestros compañeros se habían perdido y, probablemente, nunca los volveríamos a ver. No fue hasta al cabo de bastante tiempo, cuando aprendimos a mirar y estudiar la posición de las estrellas en la noche, que dejamos de sufrir tantas pérdidas y conseguimos orientarnos en nuestra búsqueda. A pesar de ello, en ningún caso podíamos imaginarnos que el valle del que salieron nuestros antepasados se encontraba aquí y que hoy llegaríamos a él; solo puedo expresar mi alegría porque se haya producido esta feliz casualidad.

—Quién sabe, tal vez no sea todo casual, y si, como parece, los astros se han alineado para que este encuentro se haya producido precisamente hoy y aquí, tal vez ello constituya una señal de que el momento de volver a estar unidos y poner en común lo que hemos aprendido a lo largo de estos años ha llegado. Cultivar la fraternidad y la bondad, por un lado, y el estudio y el conocimiento, por otro, no puede ser ni más difícil ni más cansado que cultivar la tierra, y seguro que es la mejor manera de labrar un futuro mejor para todos nosotros.

Y así fue cómo, con estas palabras, pronunciadas por el hijo mayor de la pareja despreciada y asentidas por todos los presentes, dio inicio una larga época de bienestar y convivencia en aquel país circunscrito entre una cadena montañosa y el curso de un caudaloso río.

*

Esta parábola, probablemente algo empalagosa y pretenciosa, no pretende ser más que un tributo (aunque no pase de plagio) a la tercera de las tres parábolas que aparecen en el libro *Tolstoi* de Stefan Zweig, publicado en el año 1939. Dicho libro pertenece a la colección «Les auteurs de ma vie» en la cual la editorial Buchet Chastel invitaba a notables escritores, en este caso al autor austríaco, a seleccionar los textos que considerasen más relevantes de aquel escritor cuya lectura más los hubiese marcado. Con el mismo criterio que tuvieron los impulsores de Placer al iniciar su aventura, Zweig se decantó por el conde barbudo.

LA ANÉCDOTA

«Los sucesos y personajes que se retratan en estas anécdotas son reales; ante cualquier queja o denuncia de alguno de sus protagonistas, el autor sugiere que lo hubieran pensado antes».

CAMBIAR EL MUNDO

Éramos unos críos y nos íbamos a comer el mundo, así a mordiscones, a lo bestia, pero antes lo íbamos a mejorar. De eso estábamos seguros.

En octubre del ’91, escuchábamos a los Ramones, Nirvana, GBH, Attaque 77 y un montón de bandas punkis y desordenadas que nos pasaban algunos chicos más grandes y descontrolados del barrio. Entonces sentimos esa llamada del compromiso o de la petulancia que provoca en las mentes, a los 15 años, el hecho de tomar conciencia de clase, y no se nos ocurrió mejor idea que afiliarnos a FJC, la Federación Juvenil Comunista (la Fede, para los pibes). Me acuerdo de que la sede estaba en la calle Velez Sarsfield, en Lanús Oeste, a 200 metros de la estación; hay que reconocer que, para ser antisistema, anticapitalistas y revolucionarios, los comunistas siempre estaban bien ubicados. Hasta allí fuimos Maxi y yo a «preguntar cosas» y acabamos apuntándonos al taller literario. Nos recibió un señor de pelo y abundante bigote blanco que se nos presentó como «el Ruso». Ese era su nombre de guerra, el que había usado durante los años duros de la dictadura. Dijo que hiciera unos mates y se sentó a rellenar nuestra ficha de preafiliación. Yo obedecí. Al cabo de un rato, ya estábamos hablando de literatura; él mismo daba los talleres literarios. Maxi, que era judío y siempre estaba obsesionado por todo lo referente a «la colectividad», le preguntó al Ruso si durante los cursos leeríamos autores judíos, y él lo tranquilizó ironizando sobre «la proporcionalidad de elementos del colectivo que formaban los cuadros del partido» (siempre utilizaba este tipo de eufemismos que, la verdad, nunca se llegaban a entender del todo). Recuerdo que Maxi le preguntó por Zweig, Mailer y Jacobo Fijmann; yo nunca había escuchado esos nombres. El Ruso sonrió sorbiendo el mate y le guiñó un ojo.

Los talleres eran los martes por la tarde, a las 7; como Maxi y yo no hacíamos nada antes, al cabo de un mes ya teníamos las llaves del local para ir a preparar un poco la sala, el mate, hacer alguna fotocopia y cosas así, y también éramos los encargados de mantener la biblioteca ordenada alfabéticamente. Jorge, el secretario (nunca entendí por qué en este tipo de formaciones manda el secretario...), decía que la revolución empieza siempre con la casa en orden. Un martes de esos conocí a Rita. Debería tener 35; pelirroja, tetona, simpática y enérgica, era la compañera del Ruso (problema. No es que yo pensara que tendría alguna posibilidad con ella, pero a los 15 años cualquier enemigo es grande). Era la encargada de la limpieza del local. No sé cómo, pero me gané su confianza; creo que ofrecerle mi ayuda en las tareas partidarias colaboró en ello. Por esos inmaduros años ’90, el machismo en las izquierdas era una natural herencia del marxismo más ortodoxo y decimonónico. Ella me contó que el verdadero nombre de el Ruso era José Luis Benítez, que era 16 años mayor que ella, que nunca había estado oculto en ningún lado, que durante la dictadura se fue con su padre que vivía en Brasil desde los ‘60, en el estado de Río, en una ciudad que se llamaba Petrópolis. Que nunca había publicado nada sencillamente porque no escribía nada, pero que era buen tipo y trabajador. Que ella se llamaba Rosa, Rosita, y que de ahí el Ruso le había puesto Rita. Después me dijo que, por nada en el mundo, nunca le dijera esto a nadie, «por favor», que el Ruso la mataría si se enteraba. Yo no lo hice, pero ahora desde la distancia creo que Rosita le habrá contado esta historia a cada persona que daba lugar; era su manera de vengarse del Ruso, del sometimiento en el que la mantenía, una demostración de poder silencioso.

El Ruso nunca contaba sus batallas del pasado; cada vez que salía el tema de la represión y la dictadura, él se escudaba detrás de los mates, de la memoria de los caídos o sencillamente se hacía el distraído. Maxi acabó cansándose del taller y quiso abandonar; tenía mucho talento y escribía genial, y

además era músico. Nunca pudo suicidarse, pero se drogó hasta perder toda capacidad creativa. Yo allí conocí a Néstor, un hombre que toda su vida usó su nombre de pila como nombre de guerra. Lo seguí mientras pude; nos fuimos del partido comunista, él montó su propio taller literario y yo le ayudaba con los mates y las fotocopias. Después me afilié a los vestigios del trotskismo suburbano que quedaba en el sur de Buenos Aires. Ya no estaba tan seguro de poder mejorar nada.

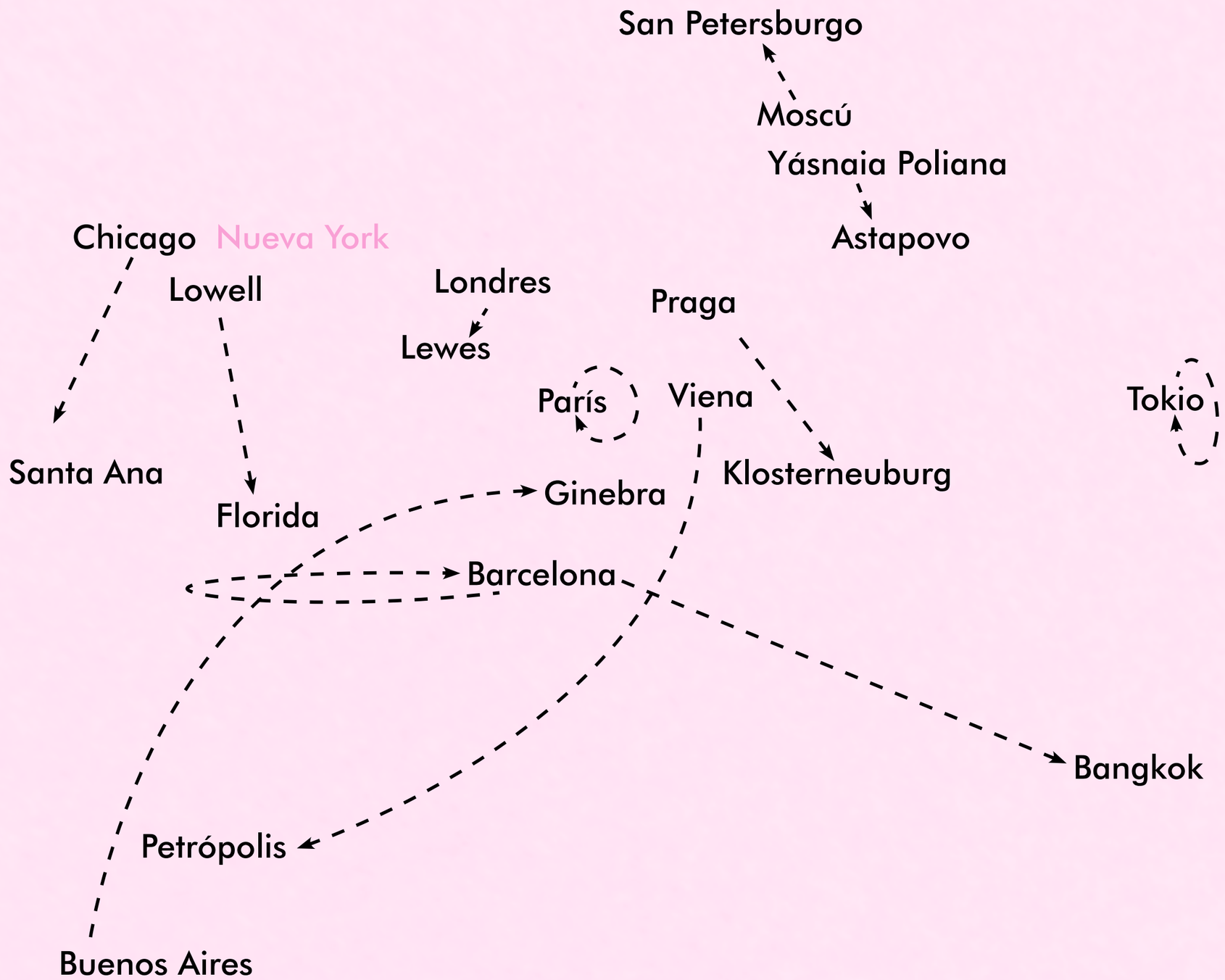
Del Ruso y de Rita no supe nada más. Maxi se hizo abogado laborista.

PLACER

VIAJES DE GOZO Y PLACER

La palabra «viaje» hunde sus raíces etimológicas en el catalán y el francés, en el vocablo *viatge*, que a su vez es una modificación/derivación del latín *viaticum*, derivación de *via*. Gozo viene de *gaudium*, vocablo latino que se refiere a la alegría del ánimo o al sentimiento de complacencia al poseer o recordar algo apetecible. «Placer» deriva de *placere*, palabra latina de raíz indoeuropea *pla-* (plano), cosa que explica que «placer» también signifique, en un ambiente marítimo, «banco de arena» o «acumulación de piedras oculta por el agua que suele ser ocasionada por el embarrancamiento de los barcos». Embarrancamiento de los barcos, embarrancamiento de las personas. De la mano del bueno de Stefan Zweig hemos viajado por la faceta más señorona de Europa. Cultura, cultura y cultura. Teatros, universidades, bibliotecas y estudios en casas de campo. Escritores, pintores, escultores, poetas, músicos. Creadores todos, soldados del arte que flirtean con el mercenarismo. Fuego en los ojos, piedras en las manos. Buena ropa, espléndidas chimeneas. Paseos al atardecer, sirvientes en silencio que cumplen con sus tareas agradecidos. Pasaportes, manuscritos, generales tomando decisiones. Colecciones privadas en baúles olvidados. Telegramas. Un montón de libros leídos y un montón por leer. ¡Qué pereza! Echamos la vista atrás ahora que concluimos el número 12 de Placer y, salvo alguna extraña excepción, comprobamos que somos una panda de burgueses egocéntricos semiinsoportables. Nos hemos comportado como palmeros de la historia de la literatura, y presentamos nuestras disculpas por ello sin mayor dila(ta)ción. Nos gustaría cambiar, lo necesitamos, pero estamos atrapados entre las fibras más profundas de la concepción que tenemos de las cosas. Para cambiar nosotros, antes debería cambiar lo que nos hace ser como somos, y eso es una gilipollez, porque la suposición de que si no somos hacedores no somos nada anula la posibilidad de ser cualquier otra cosa por el mero hecho de cambiar sus atributos; por ejemplo, si nuestras abuelas tuvieran sillín y dos ruedas, no serían nuestras abuelas sino nuestras bicicletas. Pero nosotros, por mucha bibliografía que atesoremos, seguiremos sintiendo la misma ambigua angustia a causa de ignorar el significado de la palabra «atributos»; y con ello se niega la posibilidad de acabar el razonamiento con algún atisbo de sentido. En fin, aunque no lo crea, estos son nuestros mejores años.

Los hacedores de Placer, todos nosotros, etimológicamente, venimos de la nada; geográficamente, nos vamos a Nantucket, desde donde zarparemos a cazar ballenas en mangas de camisa.



CRÉDITOS

«... nunca jamás sufrió una generación tal hecatombe moral, y desde tamaña altura espiritual, como la que ha vivido la nuestra».

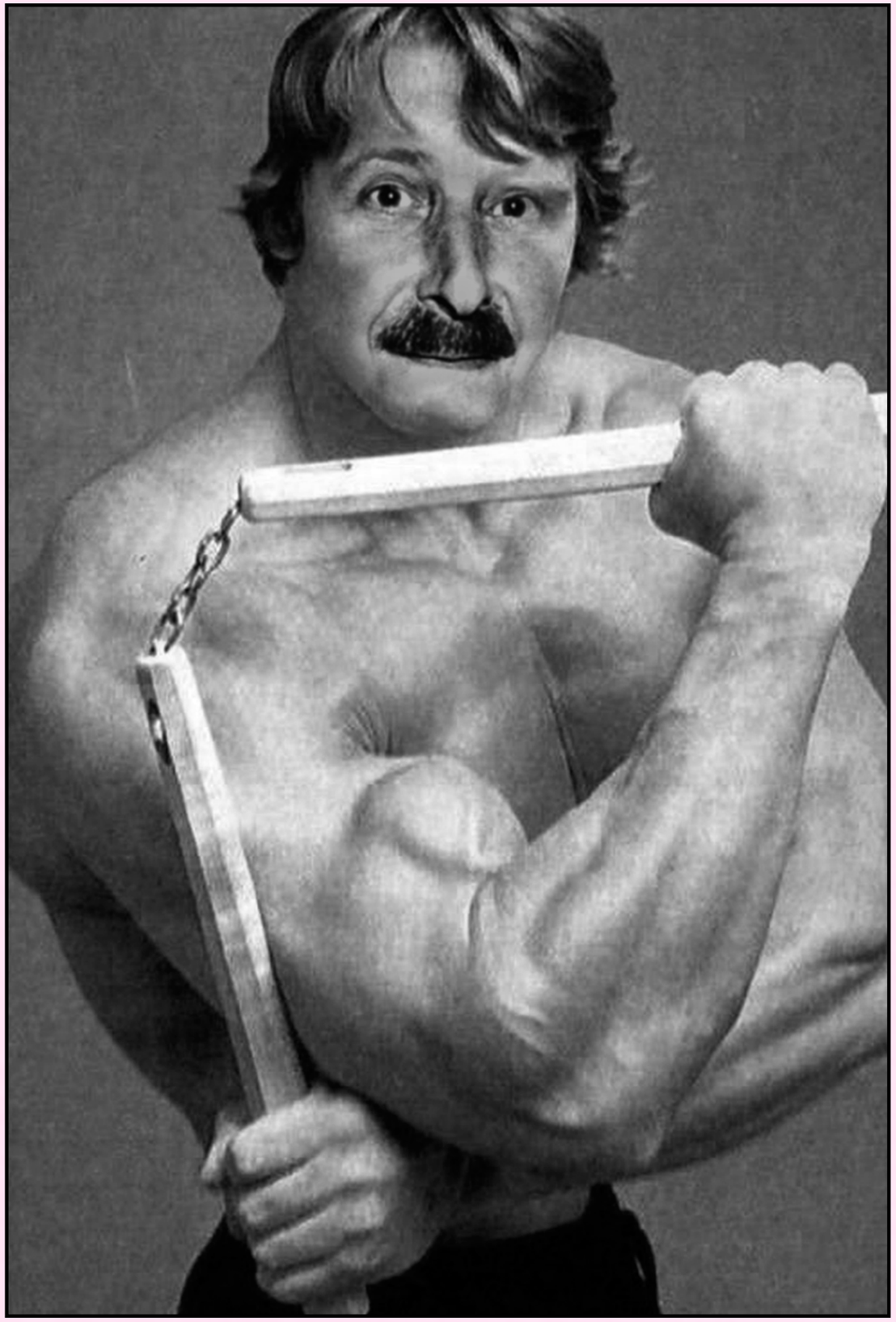
PLACER

emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Dani Ites (Ilustración *El primer día*)
Carme Verdoy (*El món d'ahir*)
Alberto Carreño (*Cómo odiar a un niño*)
Ramon Aumedes (*Jaque mate estelar*)
Dani del Río (*Intoxicación por ajedrez*)
Pedro Vizán (*Nouvelles*)
Aitor Vélez (retrato lápiz, carboncillo y pastel blanco sobre lámina gris)
David Pérez (*Cartas de un preso desconocido*)
Sr. Presidente Canut (*Tutto nel mondo è burla*)
Jandrus (*Para(la)bola*)
Esteban Barbaria (*La anécdota*)
Penélope y Carme Ribas (Camisón oltogràfico)
Àngels Piédrola (Asuntos web)
Marcos Pérez y Víctor Fernández-Dueñas (Lo demás)

Consejo Editorial:
Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez

placer@lamordidaliteraria.com